

A woman with long brown hair, wearing a white fur-lined hat and a white scarf, is smiling warmly. She is surrounded by falling snow against a soft, blue-tinted background. The text is overlaid on the lower half of the image.

*Vuélveme  
a tocar el  
Corazón*

*Hugo Sanz*

*Vuélveme*  
*a tocar el*  
*Corazón*

*Hugo Sanz*

©Vuélveme a tocar el corazón

©Hugo Sanz

1ª Edición: Enero, 2021

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

## ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Epílogo](#)

# Capítulo 1



Miré por la ventanilla del tren y comprobé que ya estaba cerca de los Madriles, esa tierra que me había visto crecer y de la que ahora me sentía tan lejos.

“Tan lejos”, por Dios bendito, si solo me separaban de ella apenas unas horas en el AVE, ¿qué me pasaba para que mis pensamientos fueran por esos derroteros? Muy sencillo; que estaba cansada y que todo se me hacía cuesta arriba.

Un nuevo mensaje de wasap de Juanmi me sacó de mis pensamientos.

“¿Cómo vas?”

Ni ganas de contestarle, que era innegable que él seguía preocupándose por mí, igual que al contrario, pero que no había manera de que llegáramos a acuerdo alguno sobre esa cuestión que me traía de cabeza.

¿Qué clase de hombre era aquel que no veía el momento para tener hijos? A mis veintinueve años a mí ya el reloj biológico me estaba llamando y, es más, como no contestaba, parecía estar haciéndome señales de humo como a los indios.

Sí, me sabía la cantinela al completo “Cariño, pero si hoy en día las mujeres no comienzan a tener hijos hasta los treinta y cinco” y todo lo que Juanmi quisiera decir para convencerme, pero que no lo veía.

Eso estaba muy bien, sobre todo para alguien que no tuviera prisa alguna en ese sentido, pero por desgracia no era mi caso. Y él lo sabía desde que me conoció en aquel congreso de odontología en el que mi menda hacía de azafata de congresos a los veinte añitos; yo era maternal hasta decir basta.

Sí, no puedo negar que los comienzos fueron de cuento de hadas. Él ya tenía treinta por aquel entonces y un prometedor futuro por delante. Hacía un año que se había asociado con su hermano Alonso y ambos habían decidido montar su clínica en Marbella, ahí es nada.

Para una chica de mi edad, que por aquel entonces no sabía hacia dónde quería dirigir mis pasos, la relación con Juanmi pasó a convertirse en todo mi mundo. Craso error por mi parte, eso no podría volver a ocurrir. Ahora tenía claro y más que claro que mi vida era mía y que el resto de las personas podrían adornarla o complementarla, pero en ningún caso tomar las riendas de ella o el papel protagonista, que estaba reservado para mí.

Lo malo del asunto era que, tan obnubilada como estaba, me dejé guiar por él incluso en lo que a dar mis siguientes pasos profesionales se refería. Y por esa razón me hice higienista dental. No hace falta explicar mucho más; trabajaba con mi novio desde entonces.

Sí, Juanmi seguía siendo mi novio y no porque no me hubiera pedido matrimonio, que lo había hecho un año antes, sino porque yo no había aceptado y llevaba todo ese tiempo dándole largas en espera de ver hacia dónde soplabla el viento que me permitiera encarar con éxito la travesía de mi vida a bordo de un velero que a veces me parecía ya gobernar en solitario.

Dos días antes habíamos tenido ya una tangana de esas de padre y muy señor mío a consecuencia de su falta de ganas de ser padre.

—Pero vamos a ver, Estrella, ¿se puede saber qué mosca te ha picado con eso de que debamos tener el niño este año? —me preguntó a la salida de la consulta.

—Nada, hombre, ha sido una ventolera de esas que me dan a mí, que debo estar un poco mal de la chaveta, mira que plantearme ser madre después de nueve años de relación, hay que estar rematadamente loca, es cierto...

Por ahí empezó la cosa y acabó con una mirada iracunda por mi parte que le hizo comprender que aquello comenzaba a pasar de castaño a oscuro.

A veces me daba la sensación de que Juanmi me seguía tratando como lo que decía que yo significaba para él cuando me conoció en aquel congreso tanto tiempo atrás; como a “su muñequita”.

En principio aquella expresión me hacía muchísima gracia, pero con el paso de los años, maldita la que me hizo. A lo tonto a lo tonto, parecía ser el dueño y señor de una relación que me llenó durante mucho tiempo, pero que últimamente me estaba asfixiando de la manera más cruel que una persona puede sentirlo; con total lentitud.

Cierto que esa era mi sensación, puesto que él parecía tenerlo todo. O, mejor dicho, lo había tenido todo hasta hacía poco tiempo, pues ahora era también víctima de unos “ataques de mala leche” por mi parte que sacaban lo peorcito de mí; una especie de leona interior que se revelaba una y otra vez y que no parecía encontrar calma en ningún momento.

Ya se sabe... Cuando eso pasa, termina repercutiendo en el otro. Mi amigo Cristian no paraba de repetírmelo.

—Estrellita, te prometo que no sé cómo Juanmi te aguanta. Vale que tú eres preciosa y él, en el físico, es un tío corriente y moliente, pero le estás dando una caña que no está ni en los escritos. —Solía decirme cada tarde mientras merendábamos en un bar cercano a la clínica en la que trabajaba codo con codo conmigo como higienista.

—Déjate de pamplinas porque eso es lo de menos. Quizá no fuera su físico lo que más me entró por el ojo en su día, pero era un hombre de lo más interesante... O eso me parecía. Y si, en el resto te doy la razón, estoy insoportable, ¿verdad?

—Para matarte a escobazos estás, no hay quien te aguante, guapita de cara, como decimos aquí “vaya malaje que estás hecha...”

—Gracias por la parte que me toca, guapito.

—Ni gracias ni *ná*, niña, pero es lo que hay y lo que está a la vista no necesita un candil. A ti te sale la mala baba por las orejas y la relación te la vas a cargar como sigas así, de modo que andando y a aclararte las ideas.

Con Cristian siempre me lo pasaba fenomenal y agradecía sobremanera sus consejos, que eran los de un buen amigo que iba viendo cómo día a día mi relación se marchitaba.

—Ya, ya lo sé, pero es que no entiendo cómo no quiere ser padre, con la ilusión que sabe que me hace.

—Porque él no es como tú. Ya sé lo que me vas a decir “que cuando una persona quiere a otra hace el pino puente para que esté feliz” y todo eso, pero Juanmi es más frío que tú como de aquí a La Habana, por mucho que te haya tratado siempre con mimo porque tú has sido para él como un juguetito.

—Vamos, que yo soy la Barbie, ¿no es eso lo que me estás queriendo decir?

—Sí, pero no él no es Ken, ojito. Si quieres un Ken y la pareja perfecta, te lo vas a tener que currar y salir de tu zona de confort.

—¿Y eso cómo se hace? Mira que yo estoy súper desentrenada, hace mil que no salgo de...

—De tu zona de confort, que mucho quejarte del feo, pero te tiene como a una reina.

—Y dale Perico al torno, que Juanmi no es feo, hombre...

—Ni bonito, no te digo...

Tenía que darle la razón en parte a mi amigo. Cristian era más objetivo que yo y lo veía bastante clarinete; mi novio sentía pasión por mí, pero lo último que le apetecía era tener hijos. Desde mi punto de vista venía a ser algo así como un niño caprichoso que me quería solo para él y que no deseaba compartirme con ningún otro ser humano, por muy hijo suyo que fuera.

No, no me sentía nada orgullosa, pero la noche antes de irme para Madrid le había dado un ultimátum y, aunque yo sabía que esas cosas no funcionaban, no había podido remediarlo.

—Me voy a pasar mi cumple a casa de mis padres, les quiero dar una sorpresa. Te agradecería mucho que, cuando vuelva, hubieras tomado una decisión, la verdad.

—¿Sabes que te quiero? —me contestó con la decepción en los ojos, pues era la primera vez que íbamos a pasar uno de mis cumpleaños separados.

—Lo sé, pero el tuyo es un querer que no sé si me hace feliz—añadí con un nudo en la garganta, pues jamás hubiera imaginado tampoco llegar a ese punto con él.

—Te ha valido durante todos estos años y ahora, de golpe y plumazo, parece que ya no hago nada bien. Y todo por querer postergar lo del niño.

—Postergado y sin fecha. Dime la verdad, Juanmi, y por una vez en la vida necesito que me seas totalmente sincero.

—Dispara ya, que me tienes asustado...

—Por ti podríamos seguir toda la vida igual, ¿o no es así?

—Perfectamente. —No vaciló en su respuesta, algo que por un lado me dolió, pero que por otro era de agradecer, ya que yo le había pedido sinceridad absoluta y eso fue lo que obtuve por su parte.

A poca distancia de Madrid y, sabedora de que la sorpresa que le iba a dar a la buena de mi madre iba a ser de aúpa, sonreí para tratar de borrar de mis labios esa amargura que la respuesta de mi pareja me provocaba cada vez que la recordaba.

Mi padre, Ernesto, también se pondría como unas castañuelas cuando viera aparecer a su niña por nuestro madrileño barrio de El Pilar, al igual que mi hermanito, Jairo, de quince añitos, que estaba en plena edad del pavo.

Ese pensamiento era el mejor del día y le quitaba algo de importancia al otro pues, como también solía decirme Cristian, yo estaba entre la espada y la pared.

—Ten cuidado, reina, porque como lo presiones demasiado con tener el churumbel y el jefe no esté luego a gusto, lo mismo sale disparado de tu lado y te quedas compuesta y sin novio. Y encima con un bombo de categoría, yo no quiero ser gafe, pero eso podría ser la hecatombe...

Sus palabras me retumbaban y me di cuenta de que de categoría era el dolor de cabeza que sentía. ¿Cómo era posible? Ni que fuera una batería y estuvieran tocándola, me dolía por todos lados.

Sí, por desgracia, el dolor de cabeza se había convertido en mi compañero en las últimas semanas, desde que me había empeñado en que debía haber niño sí o sí.

Hasta en sueños veía yo a la cigüeña planear por lo alto de mi casa. Madre del amor hermoso, qué mal lo estaba pasando con aquello.

Eso de que los niños vienen con un pan debajo del brazo habría que verlo, porque a ese paso el mío vendría con un Ibuprofeno del tamaño de una telera de pan de campo.

Qué agobio sentía, ya estaba otra vez resoplando... Cualquiera que viera la escena pensaría

que me faltaba un tornillo. Y no iría muy desencaminado, no.

La idea de ir a tomar algo a la cafetería me pareció sublime. No es que tuviera hambre, pues hacía días que mi estómago estaba como un acordeón del “aperreo” que yo solita me estaba dando con la cuestión de la maternidad, pero era lo que había.

Me levanté y sentí un ligero mareo. Totalmente normal si partimos de la base de que no estaba comiendo ni descansando más que lo justo y necesario para mantenerme de pie. Me había pasado lo mismo toda la vida de Dios, en cuanto estaba disgustada, me negaba a abrir el pico.

Pensé que un té acompañado con unas pastitas me vendría fenomenal. Yo era bastante golosa y quizá el dulce podría obrar milagros y borrar un poco esa cara de avinagrada que me gastaba últimamente.

Llegué y comprobé que la cafetería estaba vacía a salvo de un par de mesas. Mejor, cuando no estaba para tirar cohetes me agobiaban las aglomeraciones y aquel era uno de esos días. Aquella amable chica no tardó nada en atenderme. ¡Qué bien me vino ese té caliente en plena mañana de finales de enero!



## Capítulo 2



Con la taza calentita en la mano me fijé en un chico que estaba a dos mesas de la mía. Debía tener unos treinta y cinco años y era de esos de los que mi amiga Lola, la primera que tuve en Marbella, calificaría como de “toma pan y moja”.

Me quedé observando y me sentí no cortada, sino cortadísima cuando el chaval en cuestión levantó la cara de la pantalla de su ordenador portátil y su mirada se cruzó con la mía. Fue una mirada de esas azules como el mar, que cantaría José Luis Perales.

Desde pequeña me encanta jugar a intentar adivinar a qué se dedicarían las personas, pero él tenía una pinta de ejecutivo que no dejaba demasiado lugar para la duda. Y no solo porque parecía enfrascado al máximo en aquella pantalla, sino también porque su traje de chaqueta así me lo indicaba. Eso sí, el hecho de que no llevara corbata, sino una camisa sutilmente abierta en la zona del cuello, le otorgaba un aspecto informal.

Diría que, cuando su mirada se encontró con la mía, esbozó una leve sonrisa. Y diría también que la mía le correspondió. No es que ese tipo de gestos fueran demasiado comunes en mí, pues más bien me tenía por una persona tímida, pero ocurrió sin más, y no le di mayor importancia.

No obstante, pensé que probablemente fueran el aburrimiento y la desidia los que me llevaran a querer saber qué estaría consultando en su ordenador. ¿Sería un bróker o quizás un abogado? También podría ser un ingeniero de Telecomunicaciones como mi amigo Marcos, ese cerebrito que tantas veces me había hablado del suyo como de un trabajo de lo más normalito cuando a mí me parecía la muerte su carrera y lo que en ella se trataba.

No quise parecer descarada, que hasta ahí podría llegar la broma, pero he de reconocer que le observé con el rabillo del ojo y con mi humeante taza de té todavía entre las manos. Incluso cuando la solté para dar algún mordisquito a aquellas pastitas que me sirvieron, seguí haciéndolo.

En un momento dado, observé que sacaba unos cascos de su bolsillo y se los colocaba. Fue entonces cuando debió dar al botón de alguna App e iniciar una videoconferencia que llevó a cabo de pe a pa en inglés.

No se me dan mal los idiomas y reconozco un buen acento a la legua, por lo que no tardé en determinar que el suyo era poco más o menos que nativo; colosal.

Por lo que pude pillar de la conversación, debía regentar una empresa dedicada a la auditoría de las instalaciones de gas, o lo que es lo mismo, lo último que yo hubiese imaginado en la vida. Sí, era así entre otras cosas porque ni siquiera se me habría pasado por la cabeza en ningún momento que tales cuestiones se auditaban.

En torno a quince minutos debió durar una conversación que se le cortó un par de veces. Observé que no por ello perdió la paciencia, ni mucho menos. Es más, cada vez que eso ocurría lo asumía con total deportividad e incluso dejaba asomar su preciosa sonrisa como señal de que habría de ser paciente.

Para cuando hubo terminado de hablar, dirigió una segunda mirada a mi mesa que no se me pasó por alto. Y tampoco hace falta ser un lince para imaginar que no me pilló en otros

menesteres, sino mirándole de soslayo.

Lo último que me consideraba era una persona lanzada, por lo que aquella segunda mirada volvió a provocar un súbito enrojecimiento de mis mejillas. De hecho, siempre había sido un poco “pazguata” como decían mis amigos, incluso en la época en la que hacía de azafata de congresos y, por mal que esté que yo lo diga, el personal masculino me entraba a saco.

Recuerdo que en aquellas ocasiones no es que lo pasara fatal, sino peor todavía. Tampoco fue demasiado tiempo, apenas un año, pues enseguida comencé a salir con Juanmi y me trasladé con él a Marbella.

Qué lejanos me parecían aquellos tiempos en los que, con absoluta felicidad, fuimos construyendo poco a poco los pilares de nuestra relación con la ilusión de estrenar piso, decorarlo y comenzar a compartir todos los detalles de una vida que a priori, me parecía cien por cien plena.

Ahora todo lo veía como dinamitado y lo peor del caso era que, aunque a menudo me subía por las paredes y me recordaba a mí misma que yo tenía derecho a exigir y a buscar mi felicidad, también eran muchas las ocasiones en las que pensaba que quizás hubiera sido yo la que dinamitara la relación con mi exigencia.

Sea como fuere, lo malo de la cuestión era que parecía que habíamos perdido la capacidad para ser felices.

Pensaba en ello cuando escuché sonar mi teléfono. Era mi madre y no dudé en descolgar, aunque pronto me arrepentí por si algún sonido de fondo le hacía sospechar.

—Cariño mío, ¿qué haces? Me ha extrañado que esta mañana no me llamas en tu hora del bocadillo.

Tenía más razón que un santo la mujer porque esa era siempre mi costumbre de media mañana.

—Es verdad, mami, lo que pasa es que ha surgido un problemilla en la clínica y apenas he tenido tiempo. Estaba esperando a la hora del almuerzo, cuando salga de trabajar, para hacerlo.

Lo dije y me quedé tan campante, sobre todo porque no hubo ruido alguno que levantara la liebre.

—Pues nada, hija, ni te preocupes. Por cierto, ya solo quedan dos días para tu cumple, no me lo puedo creer... Si parece que naciste ayer y mírate, ya vas para la treintena.

—Sí, mami, en dos días cumplo treinta años, ¿no te parece que voy para vieja?

Las carcajadas de mi madre debieron resonar en todo el vagón...

—Huy, hija mía... Pues si tú vas para vieja ni te cuento para qué voy yo. Estrellita, eres una niña y lo sabes.

Sí que lo sabía, sí, aunque se me estuviera agriando el carácter a marchas forzadas. Mi madre siempre había dicho que yo era el cascabelito de su casa y en ese momento me levantaba sin ganas siquiera de mirarme.

—Ya, ya, bueno a ver si puedo ir pronto para Madrid que me encantaría veros.

—Ya te digo que sí mi niña, yo también lo estoy deseando...

Colgué el teléfono y el chico en cuestión se me quedó mirando como alucinado. Debió pensar que yo era mentirosa compulsiva o algo parecido, lo que hizo que de nuevo mis mejillas adquirieran un tono rojizo.

Tentada estuve de darle alguna explicación, aunque pronto entendí que no tenía por qué hacerlo. Al fin y al cabo, era un completo desconocido del que no sabía ni su nombre y solo faltaba que tuviera que excusarme por mi comportamiento también con él. Yo estaba decidida a dirigir mi vida, esa que no tenía por qué importarle a nadie, por lo que terminé mi té y la última pasta, me

levanté, giré sobre mis talones y volví a mi vagón.

Calculé que no faltarían ni veinte minutos para llegar. Lo cierto era que el viaje se me había pasado en un suspiro porque todo el primer tramo me lo pasé durmiendo como un lirón. Volví a cerrar los ojos, ya sin intención de dormir, sino solo de cerrar los ojos.

Si mi madre hubiera sabido que me quedaba apenas un ratito para llegar a casa, habría alucinado. La sorpresa que se iba a llevar me colmaba de emoción; al menos algo me emocionaba en un tiempo en el que nada parecía hacerlo.

Por fin el tren paró y me quedé contemplando los badenes. Sí, un poco embobada estaba, para qué decir otra cosa. Una vez saliera me encontraría con mi amiga Sole, esa a la que había estado tan unida desde mi más tierna infancia. Cuando llegué a Marbella, sin duda que fue una de las personas a las que más eché de menos junto a mi familia. Y es que a ella también la consideraba parte de esta.

Iba ya hacia la puerta cuando me llamó la atención un pequeño destello que provenía de la parte baja de uno de los asientos. Me agaché y comprobé que se trataba de un móvil de última generación que casualmente era idéntico al mío, regalo de Juanmi por mi cumpleaños antes de partir.

Su dueño debía ser una de aquellas personas que, casi a la carrera, habían salido del vagón, no como yo, que me había quedado hasta última hora. Lo tomé entre mis manos y vi que todavía la pantalla no estaba bloqueada. Con cierta urgencia, me metí en sus contactos antes de que un patrón o una huella supusiera una barrera infranqueable entre nosotros. El viejo truco del almendruco me sirvió, ya que todos teníamos una mamá... Pero en este caso la de la persona en cuestión tenía el móvil fuera de cobertura, lo mismo que su padre...

Me cercioré de que no hubiera ningún “amor” ni nada parecido y anoté los números de sus padres antes de salir. Entre pitos y flautas, cinco minutos de más que Sole no tardó en echarme en cara.

—Más lenta que un desfile de cojos, como siempre, tú no te mueres de un infarto, Estrellita. — Me estrechó contra su pecho y me di cuenta de que ya estaba en casa, con ese sencillo gesto.

—Lo siento, ha sido un móvil que he encontrado y...

—¿Un móvil?

—Sí, mira, idéntico al mío, pero en plata...

—Qué suertuda que eres, menudo bicharraco que tienes ahí, regalo de Juanmi, ¿no?

—Sí, ya sabes, ya que no te regalo un hijo te regalo el móvil de gama más alta que haya, a ver si hay suerte y así te cierro un poco la boquita.

—Eres un poco mala, ¿y no puede ser que ya que está loco con su mujercita quiera para ti lo mejor? Yo creo que estás minusvalorando a tu novio o será que como yo no tengo perrito que me ladre veo sensacional que tengan esos detalles con una.

—Sole, los detalles económicos no son lo más importante y lo sabes...

—Ya, pero también dan alegría, guapa, no creas... ¿Por qué no me regalas a mí el que te has encontrado y así me haces la vida más dulce? —bromeó poniendo esa carilla de niña mala que ella solía lucir en ocasiones así.

—Lo que te faltaba era ese flequillo que te has sacado para parecer ya una mequetrefe total...

—¿Qué le pasa a mi flequillo? No me digas que no te gusta, les encanta a todos...

—Sí, sí, pero que pareces malilla del todo, no te quepa duda.

Un trasto era mi Sole, pero un trasto con un corazón que no le cabía en el pecho. Y quizá precisamente por eso, porque siempre había sido una buenaza, no le había ido nada bien en el

amor.

Yo siempre le decía a mi amiga que era una joyita y ella me contestaba que debía ser muy cara, porque no le hincaba el diente ni Dios. A ver, que no le faltaban pretendientes, que guapa era a rabiar, pero todos terminaban saliéndole ranas por completo, los muy sinvergüenzas.

Esa era la razón de que Sole siempre dijera que yo era una suertuda total, pero de un tiempo a esa parte yo ya no lo tenía nada claro.

Abrazadas, salimos de la estación para montarnos en su Citroën C3 blanco y salir pitando para mi barrio. En la maleta llevaba un juego de esos de la Play Station que sabía que haría las delicias de Jairo, quien salía siempre ganando con mis visitas. Qué ganas de verle y también a mis padres, cuánto consuelo encontraría en aquellos escasos cuatro días que iba a permanecer en Madrid con ellos. En definitiva, cuánto los echaban de menos desde que la ilusión me había dado la espalda en Marbella.

## Capítulo 3



Fue ver los arcos que dan paso a La Vaguada, ese centro comercial en el que tantos buenos momentos viví años atrás con mis amigos, y alegrarse el corazón.

Es curioso pensar cómo, una vez que uno se mete en harina, llega a olvidarse de ciertas sensaciones, al sustituirlas por otras. Y también llama la atención cómo, cuando el alma se vacía, actúa como un radar y busca todo aquello de lo que un día se nutrió para volver a llenarse.

—¿Quieres que suba contigo? —me preguntó Sole al dejarme en el portal de la casa de mis padres.

—Ni lo pienses, menudo jaleo lo de tener que buscar aparcamiento y demás. Ya te veo mañana, fea. —Le saqué la lengua y encaré un portal por el que estaba desenhado atravesar.

Cerré la puerta de su coche y me faltó dar saltitos camino de los escalones de entrada. Pensé en darles la sorpresa de entrar directamente en casa sin previo aviso, pero enseguida caí en la cuenta de que eso podía suponerles un susto de muerte. Y menudita era mi madre en esos casos, capaz de darme un buen cacerolazo en la cabeza pensando que pudiera ser un caco.

No, si quería asegurarme de seguir con la cabeza entera lo mejor sería dar al portero electrónico y santas pascuas. Por la hora que era, casi seguro que mi padre ya hubiera llegado para almorzar al acabar su jornada mañanera de trabajo, lo mismo que Jairo, que habría salido del instituto.

Toqué y el sonido del aparatejo me sonó a música celestial. Ahora ya solo faltaba que respondiera mi madre, con aquella voz tan graciosa que tenía a lo Gracita Morales, y ya tendría yo la sonrisa de oreja a oreja.

Pero no, se veía que no era el día porque allí no contestó ni mi madre ni Cristo. Cinco minutos después salió mi vecino Pepe con su perro de aguas, alegrándose mucho de verme.

—Pero Estrella, ¿cómo tú por aquí? —me preguntó el hombre de lo más contento.

—Hombre, Pepe, ¿no puede venir una a ver a su familia?

—Claro que puede y, es más, deberías hacerlo más a menudo, que todos nos alegramos mucho de verte, mujer.

—Pues nada, voy para arriba que deben estar todos sordos, no hay manera de que le abran a una.

—¿No sabían que venías?

—Qué va, he querido darles una sorpresa.

Claro está que la sorpresa me la iban a dar ellos a mí aquel mediodía de viernes, porque subí y, después de tocar el telefonillo hasta casi quemarlo, llegué a la conclusión de que allí no había nadie.

Resoplé pensando que no se me ocurría dónde diantres podría haberse metido mi familia al completo y saqué el teléfono aun a riesgo de destripar la sorpresa enterita.

—Mami, ¿dónde estás?

—Hija, yo... ¿dónde estás tú?

—Anda, mami, venid para casa, que estoy en la puerta, quería daros una sorpresa, pero no sé dónde os podéis haber metido en un día entre semana.

—¿En la puerta de casa, Estrellita? ¿En nuestra casa de Madrid?

—Hombre mami, a no ser que tengamos otra y yo no me haya enterado, sí...

—Hija mía, no te lo vas a creer, pero es que nosotros estamos, ¡llegando a Marbella!

—¿A Marbella? Anda ya, seguro que te estás quedando conmigo, ¿qué dices mami? ¿Qué se os ha perdido a vosotros en Marbella?

—Pues hija, que te he notado más tontona de lo normal estos días y le dije a tu padre que nos íbamos a pasar tu cumple con vosotros, queríamos darte una sorpresa a ti, bueno y a Juanmi, claro.

—Pues me la has dado, mamá, me la has dado...

Se me cayó el alma a los pies, esa es la verdad. Y pensar que un ratito antes habíamos hablado desde el tren y las dos nos habíamos hecho las suecas, ¡era para flipar!

Pues nada, lo mío sería coger carretera y manta y volverme para Marbella por donde había venido, ¡ahí es nada! Y, para más inri, se avecinaba un temporal de dos pares de narices, que no paraban de hablar de ello en todos los medios, así que había escogido unos días inmejorables para viajar, dicho sea con toda la ironía que pueda concentrar una sola personita humana.

Después de intercambiar alguna que otra frase más con mi madre, dándole a entender que agradecía mucho el esfuerzo que habían hecho por ir a verme, colgué el teléfono y me dispuse a sacar las llaves del bolso y entrar en casa.

Una vez dentro, lo primero fue comprar un billete de avión para el día siguiente que me costó un riñón y parte del otro, pues no había vuelo low cost que valiera con tan poco tiempo de antelación. Y tampoco encontré un billete de AVE, por lo que me tocó rascarme el bolsillo y punto.

Abrí la nevera de mis padres y comprobé que, previsora como era, mi madre tenía varios táperes con platos caseros congelados, por lo que me descongelé un pisto que me supo a gloria mientras ponía las noticias... Unas noticias que me hicieron temblar, ya que por lo visto el temporal iba a arreciar todavía con más fuerza de la prevista, por lo que se hablaba de posible cancelación de vuelos de cumplirse tales pronósticos. No, no podía ser, ¿de verdad me iba a pasar eso a mí en mi cumpleaños y en el año que más necesitaba pasarlo con los míos?

Claro estaba también que tampoco sería plan de que mi familia se pusiera en carretera para volver si eso era así, de modo que a cada mochuelo le tocaría refugiarse en su olivo si se confirmaba lo peor; ellos en un hotel y yo en su casa.

Me estaba tomando una de esas tartas de queso que tanto le gustaban a Jairo cuando recordé la cuestión del móvil. Anda que también me metía yo en unos jaleos que no eran ni medio normales, ¿quién me mandaría a llevármelo conmigo en vez de habérselo entregado a un revisor? Bueno, ahora el mal ya estaba hecho y tendría que seguir buscando a su dueño.

Probé suerte de nuevo y la voz de una amable señora, con un acento muy característico, me contestó que sí, que el móvil era de su hijo Ángel y que ella le haría llegar mi número para que se pusiera en contacto conmigo.

Colgué pensando en que me resultaba gracioso que el chico se llamara Ángel cuando su ángel de la guarda, en realidad, estaba siendo yo. O más bien el de su móvil, pero, que como le tuviera el mismo aprecio que yo le tenía al mío, así lo iba a considerar.

Me estaba quedando un poco frita viendo el poco halagüeño pronóstico del tiempo cuando sonó mi móvil y el chico se identificó como Ángel.

Quedamos un par de horas más tarde en una de mis cafeterías preferidas de La Vaguada, pues él

insistió en venir a buscarlo allí donde yo estuviera, cosa que le agradecí dado que estaba exhausta después del día que llevaba.

A la hora pactada me dejé caer por la cafetería. El chico me había comentado que llegaría en vaqueros y con una cazadora de cuero marrón, indumentaria que identifiqué desde lejos, ya que me estaba esperando en la puerta de la cafetería, de pie.

Lo que no acerté a ver hasta que no estuve más cerca fue aquella cara preciosa en la que resaltaban unos ojos azules que no era la primera vez que yo me cruzaba aquel día.

—¿Eres Ángel? —le pregunté al llegar en modo retórico, pues yo ya le estaba enseñando desde lejos el móvil y su carita de felicidad lo decía todo.

—Eso dice mi madre, pero... yo a ti te conozco, estabas hace un rato en la cafetería del AVE también, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas, lo único es que tú entonces estabas más trajeado y ahora te veo de sport.

—Correcto, cuestiones de trabajo, pero ¡qué casualidad!

Sí, era innegable que se trataba de una casualidad porque nuestras miradas se habían cruzado aquella mañana sin llegar a decirse ni media palabra... Y de repente nos encontrábamos como dos amigos en una cafetería con la sonrisa amplia en los rostros.

—Sí, sí que lo es... Y que sepas que has tenido suerte porque este grandullón fue a parar debajo de un asiento. ¿Ibas en mi vagón?

—Sí que iba, sí, lo que pasa es que tú te has pasado casi todo el viaje descansando y no me viste salvo cuando tomaste el té con pastas en el de cafetería...

“El té con pastas”, anda que no se había fijado ni nada... No se me pasó por alto el detalle.

—Ah, pues ha debido ser eso, es cierto que estoy un poco cansada y...

—Espero que no tanto como para rechazarme un café u otro té o lo que te apetezca.

—No, no tanto como para eso—le dije pensando que también me apetecía compartir con él una charla.

Total, mi único plan para esa tarde, toda vez que en el exterior hacía un frío que pelaba, se reducía a quedarme en casa viendo alguna peli, pues la mayoría de mis amigos del barrio estarían trabajando.

—Pues que sepas que me alegra escucharlo—me dijo mientras me invitaba a pasar a la cafetería y me regalaba otra de sus sonrisas.

Nos sentamos y pronto comprobé que con Ángel no me iba a aburrir, pues charlaba por los codos.

—Por cierto, tu madre me ha parecido un encanto, ¿de dónde es? Tiene un acento muy característico—le pregunté para continuar rompiendo el hielo.

—Sí, sí que lo tiene. Bueno, ella suele decir que es una ciudadana del mundo, porque ha vivido en uno y mil sitios, pero es escocesa.

—Ya decía yo que de Estepona no era. —Tal reflexión la solté en alto provocando su risa.

—Tú sin embargo parece muy castiza, ¿qué se te ha perdido en Málaga?

—Pues perdido, perdido, nada... Más bien encontrado. Hace unos años encontré a una pareja y para allá que me fui, ¿sabes?

—O sea que tú eres una valiente...

—Hombre no diría yo tanto, que no creas que me iba debajo de un puente ni nada parecido.

—Ya, pero no es fácil salir de la zona de confort y tú lo hiciste...

—Cierto, pero no creas que es oro todo lo que reluce. Igual es ahora cuando debería salir de la

zona de confort y no encuentro la forma...



## Capítulo 4



No podía ni creerlo, ya que sin comerlo y sin beberlo me vi charlando con Ángel de todo lo que concernía a la tristeza que asolaba mi corazón en aquellos momentos.

—Te estoy dando la del pulpo y te prometo que no tengo ni idea de por qué lo estoy haciendo, no me reconozco. —Me eché a reír negando con la cabeza.

—Será porque soy un “escuchador” de primera—me soltó él y la palabreja que acababa de inventarse hizo que le imitara en la risa.

—Algo de eso debe ser, cierto que sabes escuchar, parece que tienes un don...

—¿Un don celestial? Mira que si soy un ángel de verdad y tú todavía no lo sabes...

Un ser celestial sí que parecía, pero más por su aspecto que por otras cuestiones que yo no podría entrar a valorar, pues no lo conocía de nada. El caso era que me estaba sintiendo deliciosamente a gusto con él y no me apetecía en absoluto marcharme.

Miré el reloj y había pasado una hora y media. Apenas podía dar crédito porque se me había hecho un suspiro. Un suspiro durante el que ni siquiera me acordé de quitar el modo avión en el que había puesto mi móvil después del almuerzo para intentar descansar un poco.

Lo hice y descubrí varios intentos de Juanmi de contactar conmigo. El último ya indicaba cierta desesperación. Pensé en lo mucho que podían cambiar las cosas, ya que al comienzo de nuestra relación me hacía inmensamente feliz que estuviera pendiente de mí. Y de repente hasta eso parecía molestarme a tope.

—Si tienes que contestar no lo dudes, no me molesta en absoluto—me comentó un Ángel que para ese entonces ya no me quitaba ojo de encima.

—Sí, voy a hacerlo un momento o igual me encuentro a la Interpol en cualquier momento detrás de mí, ya sabes cómo funciona esto.

Me levanté y no crucé más de cuatro frases con mi novio. Quedamos en que nos veríamos al día siguiente y poco más. “Un beso” fue la frase que usó como corta despedida y que yo respondí igualmente por pura condescendencia.

Volví a la mesa y lo carnoso de los labios de Ángel me recordó a la frase. Aquellos sí que eran unos labios besables. No me reconocía, yo no era de esas que se van fijando en otros cuando tienen pareja. Sí que debía estar haciendo aguas mi relación para que yo me comportara así.

“Me comportara así”, ¿acaso estaba haciendo algo malo salvo tomarme un café con un amigo? Vale, quizás Ángel no fuera precisamente un amigo porque lo acababa de conocer, pero parecía un chico extremadamente respetuoso y con el que molaba mucho hablar.

—Ya no te hace nada feliz, ¿verdad? —me preguntó cuando me senté y, extrañamente, me desmoroné, echándome a llorar.

—No, es que al final creo que su falta de empatía con mi instinto maternal está dando al traste con la relación al completo, no te puedo mentir.

—Ya sé que me has dicho que sí, pero ¿estás cien por cien segura de que has hecho todo lo posible por transmitirle tu deseo? Igual no lo ha entendido del todo, mira que los hombres somos a

veces más tontos de lo que parece.

—Pues yo no sé si Juanmi es tonto de nacimiento o de capirote, pero te aseguro que yo me he explicado alto y claro. Él sabe que muero por ser madre y no mueve un dedo. A menudo me habla de los treinta y cinco como si fuera la barrera para lograrlo, pero yo ni siquiera puedo creer en esas palabras. ¿Y si llega esa edad y me encuentro con que donde dijo digo, dice Diego?

—No sé, yo no creo que vaya a querer hacerte esa faena.

—Ni yo que lo haga conscientemente, pero está demostrando ser rematadamente egoísta y lo mismo me llevo una sorpresa con mayúsculas cuando llegue el momento. Y lo cierto es que cada vez tengo menos ganas de arriesgarme a eso.

—Por lo que me estás diciendo estarías dispuesta a dejarlo, ¿no?

—No lo sé. —Volví a desmoronarme y esta vez tuve que usar mis manos para ocultar unas lágrimas que ya campaban a sus anchas por mis mejillas hacia abajo.

No me había visto en otra igual en la vida, contándole todas mis miserias a un desconocido. Y el caso era que por primera vez en mucho tiempo me estaba sintiendo tan bien que no deseaba separarme de él.

—No es por nada, pero deberíamos tomar alguna otra cosa o movernos de sitio. —Me sonrió cuando pude contener un poco las lágrimas.

—¿Cómo movernos? Yo tendré que ir a mi casa y tú a la tuya, digo yo. —Mi llanto hiposo apenas me permitía pensar con claridad.

—Claro porque estamos en Madrid y esto es como un corral de vacas, no nos permite ninguna opción que sea medianamente ociosa, ¿no es eso?

—No, no quería decir eso. —El apuro hizo mella en mí, ya que Ángel parecía más que dispuesto a que aquella merienda se prolongara.

—Pues entonces, ¿sería tan malo que tú y yo nos fuéramos a cenar por ahí? Mira que tenemos mucha noche por delante y que nos va a venir sensacional airearnos.

“Nos va a venir”, igual el bombonazo aquel tampoco estaba pasando por un momento maravilloso y yo no tenía ni idea, porque de su boca apenas había salido alguna palabra relacionada con su pasado.

—Oye, ahora que caigo, ¿y qué hay de ti? A estas alturas tú ya podrías escribir mi biografía y, sin embargo, yo no tengo ni idea de quién eres más allá de tu nombre.

—¿Escribir tu biografía? No, no soy nada bueno con las letras, lo mío es más bien el pincel.

Como un pincel iba él, pero de ahí a pensar que eso fuera lo suyo iba un abismo, por lo que no pude evitar preguntarla con total rapidez.

—¿El pincel? ¿Tú pintas?

—Bueno, dicho así habría que matizarlo, no pienses que soy Velázquez, pero se me da bien el tema del retrato e incluso tengo en mente la idea de exponer algo en los próximos años.

—¿Qué me dices? A mí me encantaba dibujar hace años.

—¡Alto ahí! ¿Qué es eso de “hace años”? Si te gustaba entonces te debe seguir gustando, ¿o eres de las que tira la toalla a la primera de cambio?

Jamás me lo hubiera planteado así, pero quizás algo de razón tuviera. Mi marcha a Marbella supuso el final de muchas cosas buenas de mi vida, probablemente demasiadas. Y no sería justo culpar a Juanmi de ello, porque fueron decenas las ocasiones en las que me instó a hacer cantidad de ellas. Sin embargo, yo prefería amoldarme a su vida, a sus circunstancias, a su círculo y hasta a su trabajo, al que acabé incorporándome.

Inexplicablemente, en menos de lo que canta un gallo me convertí en una especie de apéndice

de mi chico e incluso he de decir que me sentí muy bien así. Otro error garrafal que no podría volver a cometer jamás.

—Quizá tengas razón, lo que pasa es que ahora estoy totalmente desentrenada, no sabría ni por dónde empezar.

—Pues normalmente se empieza acondicionando un rincón de tu casa, aquel en el que te sientas en sintonía con el entorno, y das unas pinceladas un día. Al siguiente das otras y así sucesivamente. Te aseguro que en cuestión de semanas ya es como una droga que recorre todo tu cuerpo y no te permite parar.

Esas últimas palabras parecían ir mucho con él, pues Ángel debía derrochar vitalidad por los cuatro costados.

Y en su afán de no parar todavía no sé cómo, pero no tardó en convencerme para llevarme a un bonito restaurante situado en la zona de Moncloa, en la que él vivía.

Por lo que me contó, la suya había sido una infancia un tanto atípica en la que fue de allá para acá con sus padres, dado que su madre era una trotamundos de aúpa. Por esa razón, tan pronto pasaban dos años en España como otros dos en Escocia o en Italia.

—Yo hubiera matado por vivir algo así, ¿sabes de lo que estás hablando?

—Sí, sí que lo sé, pero créeme que la cosa tiene miga. Como tú dices, tampoco es oro todo lo que reluce. Verás, dicho así suena fantástico y no voy a negar que lo es, pero también tuvo sus momentos duros.

—Por eso tú sí eres un especialista en eso de salir de la zona de confort, ¿no?

—Exactamente y por eso te he preguntado antes si habías hablado con tu chico lo suficientemente sobre el tema. Dicho esto, si lo has hecho y no ves solución, entonces sí que te invito a que busques la felicidad fuera del ámbito de tu pareja, ya que a veces estamos demasiado cerrados a la vida y eso tampoco es bueno.

—¿Mejor un puntito medio?

—Mejor, mejor... Eso es lo que me gustaría transmitirles a mis hijos, que en el punto medio está la virtud, sin duda.

“A mis hijos”, música también para mis oídos la de esas palabras en boca de un hombre.

—¿Quieres tener hijos?

—Claro que quiero, por supuesto. Todavía no tengo fecha como podrás comprender, pero tampoco me gustaría que pasara una eternidad. Otra cosa es que aparezca la candidata ideal para acompañarme en esa experiencia, que desde luego no me gustaría vivir solo.

—Ya, ya, hombre, yo embarazado no te veo, si es a lo que te refieres—bromeé para salir por la tangente. Lo hice porque la comparación de su postura con la de mi novio me dolía y no poco.

—Me has entendido, podría adoptar, por ejemplo, pero creo que sean hijos biológicos o adoptados, lo suyo sería compartirlos con una mujer.

Para cuando ahondamos en aquella conversación ya nos habían servido una cena informal de la que dimos cuenta con apetito. Hacía bastante que no comía con ganas y la sensación me gustó.

Pensé que, obviamente, Dios le daba pañuelo no solo a quien no tenía mocos, sino a quien ni siquiera tenía nariz, porque vaya dos patas para un banco que estábamos nosotros hechos.

El bestial “boom” que se escuchó y la luz que lo precedió nos indicó que una tormenta impresionante estaba comenzando en ese momento.

—Me muero si no puedo ir mañana para Marbella, no me imagino un cumple sola, esa es la realidad—murmuré.

—Es el domingo, ¿me equivoco? Escuché cómo se lo decías a tu madre hace unas horas.

—Sí, me dio vergüenza que pensaras que era una mentirosa compulsiva, pero no imaginas la ilusión que me hacía sorprenderla.

—Pues sí que es la leche que os hayáis cruzado por el camino, ¿cuántas posibilidades había de que eso pasara?

—Supongo que las mismas de que nos tocara la lotería, aunque fuera un pellizquito pequeño, y va a ser que no.

—O sí, lo mismo nos ha tocado, pero a ti y a mí.

Ángel se dejó caer bien y a mí me provocó una risita nerviosa que no supe contener. Llevaba muchos años fuera del mercado y se ve que me encontraba desentrenada al máximo. Además, ¿en qué estaba pensando? Juanmi no estaba dando la talla a mi entender, pero era mi novio y la persona en la que me había apoyado mil y una veces en la vida.

Corté a tiempo la risita, pues me pareció que las cosas se nos estaban yendo un poco de las manos y le pregunté sobre su vida amorosa.

—Poco que contar, una pareja, Ingrid, azafata de vuelo, durante tres años. Esa fue la última mujer que pasó por mi vida, lo dejamos hace un año más o menos.

—¿Azafata de vuelo? Debía ser un bellezón entonces.

—Mira quién fue a hablar. Era guapa, por supuesto, pero la suya era una belleza nórdica, a mí me tira más la latina.

Al decir aquellas últimas palabras clavó su mirada en mí y me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo. Era innegable que yo le atraía de la misma manera que él me estaba atrayendo más y más por momentos.

—Tú ya sabes mi edad, también me lo escuchaste decir, ¿y qué hay de la tuya?

—Yo voy caminito de los cuarenta en breve, aunque creo que es una edad fenomenal.

Sin duda, si era la que él iba a cumplir. Yo le había echado algunos años menos, porque se conservaba de fábula.

—Nadie lo diría, aunque ya debes saberlo.

—Deporte y vida sana, no hay más. Bueno, sí, y saber sacarle el jugo a la vida, que también es muy importante.

—No me cabe duda de que tú sabes...

—Ese es uno de mis principales objetivos cada día y sí, creo que no se me da mal del todo, deberías probarlo alguna vez.

El convencimiento con el que lo dijo me indicó que quizás me estuviera perdiendo más de esta función titulada vida de lo que yo pensaba, y un nudo se hizo en mi garganta.

Finalizada la cena, que transcurrió como si fuéramos amigos de toda la vida, casi tenemos que pedir una canoa para llegar hasta el coche.

—¿Te has mojado? —me preguntó cuando por fin pudimos montarnos.

—Un poco, o un poco bastante. —Reí mientras mis pies chapoteaban en el interior de mis encharcados zapatos.

—¿Me los das? —me preguntó al percatarse de ello.

No sé cómo lo hizo porque fuera llovía a mares, pero logró vaciarlos y secarlos ya en el interior del coche lo suficiente como para que, al ponérmelos, notara una sensación agradable... La misma que me producía contemplar su rostro.

## Capítulo 5



Menos mal que no había bebido la noche anterior, porque a pesar de eso me levanté con un dolor de cabeza de categoría. El caso es que no había podido dormir nada bien, pues al acostarme me invadió un sentimiento de culpabilidad que no quiso irse de mi lado en toda la noche.

Nunca había experimentado algo así y mucho menos cuando dormía en casa de mis padres, al abrigo de aquel dormitorio en el que se había desarrollado parte de mi vida infantil y juvenil, pero era lo que había.

El avión saldría a la una de la tarde, por lo que todavía tenía unas horas por delante para desayunar con total tranquilidad y salir poco a poco en taxi para el aeropuerto.

Ese era mi deseo, y mi miedo se centraba en descorrer las cortinas y comprobar que aquello no fuera posible. El ruido de los goterones de agua contra el cristal era una señal inequívoca de que cuando menos, el día no estaba para pasear.

Me levanté, las descorrí y comprobé que gris era poco para describir el color de un cielo que amenazaba con un temporal y del gordo. No podría decirse que se trataba de una meteorología traidora, porque nos estaba avisando desde el minuto cero.

Me preparé un té verde y miré de nuevo por la ventana de la cocina. Ahora sí que sí, ya no era lluvia lo que caía del cielo, que por esa razón se había silenciado. En su lugar, unos finos copos de nieve comenzaban a descender desde él en dirección a un suelo en el que no tardarían en formar un precioso manto blanco.

Resoplé pensando en que el potaje se me podría poner muy agrio, como solía decir Cristian con esa gracia natural que Dios le había dado.

El teléfono no tardó en sonar y la voz de Juanmi me llegó un tanto conmocionada.

—Buenos días, ¿cómo has descansado? ¿Crees que tendrás problemas para volar? Mira que tu familia te está esperando, se han empeñado en quedarse en un hotel, pero estoy seguro de que no van a irse hasta que no aparezcas por aquí, vamos, que no se moverán.

—Tipo barco de Chanquete, ¿no? —bromeé un poco porque la cosa no pintaba nada bien y yo me estaba poniendo más nerviosa por momentos.

—Más o menos, ¿por qué no tiras ya para el aeropuerto y nos cuentas desde allí? Todos nos quedaremos más tranquilos cuando sepamos que has embarcado y yo el primero.

Ese “y yo el primero” era bastante significativo. Las muchas tanganas que Juanmi y yo habíamos tenido desde hacía un tiempo se dejaban notar y ya no solíamos usar ese tipo de frases entre nosotros. Sin embargo, no había vacilado en hacerlo.

Recordé eso que tanto me había dicho Lola sobre que, si cabía la posibilidad de que rompiéramos, no hiciéramos ninguna tontería de última hora tipo de la de comprarnos otra casa o redecorar por completo la nuestra. Según ella esos eran síntomas de declive y una especie de huida hacia delante cuando una pareja ya se encuentra a pique de un repique.

No, Juanmi y yo no íbamos a dar paso alguno en ese sentido, aunque me hizo sentir bien con aquellas palabras... Un sentimiento que no duró más de diez segundos, porque enseguida recordé

la complicidad con la que había cenado con Ángel la noche anterior y los remordimientos volvieron a adueñarse de la situación.

—Sí, claro, no te preocupes. En un ratito estoy allí y os llamo.

—Vale, ya nos dices. Un beso, cuídate, guapa.

De nuevo un acercamiento que hizo que colgara el teléfono con unos sentimientos de lo más contradictorios. Tampoco tenía demasiado sentido flagelarme porque no había sacado los pies del tiesto más allá de lo que mi traviesilla mente hubiera podido volar.

Veinte minutos después abrí la puerta y... ¡toma ya! Me di de bruces con Sole y con un cargamento de churros que portaba amorosamente.

—Un momento, un momento, un momento... ¿dónde se supone que vas con esa maleta?

—¡Por Dios bendito! Se me había olvidado decirte, esto ha sido un lío...

Se lo conté en aproximadamente un minuto, la parte de mis padres, y en la de Ángel me detuve un poco más.

—¿Me estás diciendo que te suelto unas horas y que has ligado? Hija de mi vida, no se te puede dejar sola.

—Sí, ¿no ves que esa es mi táctica habitual? Y, además, que no he ligado, solo es que después de tanto tiempo de ostracismo a una le gusta que le digan alguna cosa bonita, pero sin pasar a mayores.

—Bueno, bueno, yo solo te digo que mira cómo vengo. Con decirte que la churrería la estaban cerrando cuando he llegado. Tengo calados hasta los huesos, comienza a nevar que es un gusto.

—Ay, Sole, que me veo en tierra, no me digas eso.

—Yo no me estoy inventando nada, sal y míralo por ti misma. No te entretengo, anda, pero llévate unos cuantos churros para el camino, que he traído nada más y nada menos que un kilo pensando en que estaría tu familia al completo y el pocito hondo de Jairo, que ese engulle por siete. Abrase visto, no llamarme ni ponerme un wasap.

Le sobraba razón a mi amiga, pero es que la tarde y noche anteriores no me había acordado de nada ni de nadie, fue como si hubiera flotado en una nube y desde allí me hubiera olvidado de todo y de todos.

En compañía de Sole salí del portal.

—Espérate, anda, que voy por mi huevito (como ella llamaba a su coche) y te acerco al aeropuerto, que tienes tú mucho peligro.

—¿Me tomas el pelo? Anda que tengo yo un peligro loco. Y no, ni se te ocurra, que el tiempo está de mírame y no me toques. No quiero que el tuyo se convierta en un huevito pasado por agua o todavía peor, en un huevito helado.

—No seas tonta, Estrellita, que te acerco.

—En serio que no hace falta, que yo me pido un ta...

No acabé de pronunciar la palabra taxi cuando lo vi. Estaba allí, dentro de su coche y mirando al interior del portal.

—Es Ángel, creo que me está esperando—murmuré mientras ella me miraba incrédula.

—Con razón no querías que te llevara en el huevito, menudo carro que tiene el maromo.

—No seas tonti, yo contigo y en el huevito me iba al final del mundo y lo sabes.

—Ya, pero si es con él, mejor que mejor, ¿no? Oye, que lo entiendo perfectamente, no te creas. Yo también me montaba ahí y le decía que pusiera rumbo al fin del mundo.

Me acerqué a la ventanilla y su sonrisa fue el primer regalo del día.

—Buenas, pero ¿se puede saber qué haces aquí?

—Buenas, pues horrarte la carrera del taxi, que me han dicho que se cuelean tela.

—Eres la monda, mira esta es mi amiga Sole.

Ángel se apresuró a bajar del coche y, mientras a ella la saludó con dos besos, conmigo hizo lo mismo, pero además le añadió un fuerte abrazo.

Nos despedimos de ella y me monté en su coche.

—Te juego lo que quieras a que no vas a poder volar—me dijo en cuanto arrancó el motor.

—¿Eso es una premonición o un deseo?

—¿No lo has entendido? Es una apuesta.

—Chico listo, ¿y qué te hace pensar eso?

—Pues una llamada que le he hecho a mi amigo Nacho, que es controlador aéreo.

—Anda la leche, pues sí que estás bien informado. Madre mía, que me estoy temiendo lo peor.

Camino del aeropuerto ambos notamos que la complicidad del día anterior se acrecentaba por momentos; si uno mencionaba una canción, el otro la tataraba, si uno comentaba un lugar al que quisiera viajar, el otro lo tenía en mente.

Antes de que quisiéramos darnos cuenta, ya estábamos en la terminal, en la que no tardamos en comprobar que la salida de todos los vuelos había sido cancelada, dado que el temporal estaba llamado a ser uno de los más crudos de los últimos años.

—Mi gozo a un pozo—le confesé cuando vi el percal.

—¿Qué dices? Alegra esa cara, yo casi que estaba rezando porque esto pasara.

—¿En serio? Pero si mañana es mi cumpleaños y ahora no tengo plan y...

—¿Y de veras te has creído que yo te voy a dejar sola en una fecha tan señalada? Recuerda que soy un ángel y los ángeles no hacemos esas cosas.

—¿De qué me hablas? ¿Celebrar mi cumple juntos? No sé si es buena idea, me parece que esto...

—No te he propuesto nada raro, Estrella, solo te he dicho que no te voy a dejar sola el día de tu cumple ni, si me lo permites, en todo el fin de semana.

“En todo el fin de semana” ya eran palabras mayores. Unas palabras que interrumpió la llamada de Juanmi, que estaba demostrando más interés por mí del que hubiera imaginado, dado que llevábamos una temporada para qué decir.

—Amor, dime que puedes subir a ese avión, porfi.

—Me temo que no, cancelado. Lo siento mucho por ti, por mis padres y por mí, pero es lo que hay.

—No me digas eso, qué bajón.

—He barajado la opción de hacer que despeguemos amenazando al piloto a punta de pistola, pero no termino de verlo claro.

—Ya, ya... Si en el fondo sé que no va a pasar nada, pero es tu cumple y ahora estás sola y...

—Sí, y tengo que dejarte, que no veas el lío que hay aquí.

Le colgué de un segundo para otro y Ángel me miró con perplejidad.

—Muy fina para decir no has sido, debes haberlo dejado patidifuso.

—Es verdad, pero es que me siento como un bicho inmundito, con él diciéndome que si voy a estar sola y contigo...

—Conmigo diciéndote que vas a estar acompañada, Estrella, porque así es como vas a estar. Si el destino ha querido que nos conociéramos en estas circunstancias, ¿quiénes somos nosotros para contradecirlo? Eso no estaría bien y lo sabes.

Al decir aquellas palabras me tomó por el mentón y me dio un cariñoso beso en el moflete

derecho, que ardió de inmediato. Después de eso, tomó mi maleta y salió andando con ella en dirección al coche.

—¿Dónde se supone que vamos? —le dije cuando hube subido al asiento del copiloto.

—Tú solo tienes que dejarte llevar.

De no verlo no creerlo, porque yo era de las que siempre había necesitado tener las cosas amarradas y bien amarradas, pero así lo hice. Es decir, me dejé llevar y un rato después, con la retina en blanco por la enorme cantidad de nieve caída por el camino, nos bajamos en una casita de ensueño en plena sierra de Guadarrama.

—¿Es tuya? —le pregunté pensando que aquello era lo más parecido a una escena de cuento que había vivido jamás.

—Es de mis padres, que para no variar están de viaje. Creo que te va a gustar...

No hacía falta que fuera adivino para acertar. El interior de aquella comfortable casa no hubiera dejado indiferente a ningún ser humano. Ni la pequeña sauna y SPA con la que contaba tampoco.

—No debes preocuparte por nada, mis padres siempre tienen provisiones como para un año en la despensa. —Se rio mientras yo echaba una visual general.

—¿Para un año? Se quedarán cortas, es para quedarse a vivir aquí, ¿has visto esto?

—¿A vivir? Les haré una oferta y nos la quedaremos. Tus deseos son órdenes para mí.

—Eres un locuelo integral, ¿lo sabes?

—Y tú otra y, aunque no lo sabes, pronto lo vas a descubrir.

Algo iba intuyendo poco a poco porque era inconcebible que, veinticuatro horas después de conocerlo, me dispusiera a pasar con él un fin de semana en tan mágico escenario.



## Capítulo 6



Impresionante la que estaba cayendo en el exterior. Yo apenas llevaba en mi maleta ropa para estar en casa, pero Ángel, que también conservaba un dormitorio en la de sus padres, parecía tenerlo previsto todo.

En nada salió con ropa deportiva suya, que a mí me iba a quedar como un saco de patatas de grande, pero que le agradecí sobremanera.

Salí con ella puesta de su dormitorio y él ya estaba encendiendo la chimenea.

—Mmmm, ¿eres de verdad o has salido de una novela invernal? Esto es más de lo que merezco —le dije mientras me acercaba a calentarme las manos, pues las tenía heladas.

—Mereces esto y mucho más, incluso ropa de tu talla. —Rio.

—Me queda enorme, ¿verdad? Es que eres un grandullón. ¿Sabes? Voy a tener que llamar a mis padres para tranquilizarles, pues andarán un poco alucinados.

—¿Les tranquilizará saber que estás conmigo? —Se hizo el sueco y me sacó la lengua.

—Claro que no puedo decirles eso. De hacerlo, correrías el riesgo de que mi padre se plantara aquí con una escopeta para que la integridad física de la niña de sus ojos no se vea comprometida en ningún momento.

—No hace falta una escopeta para eso, aunque como medida disuasoria funciona, no lo voy a negar... En cualquier caso, sabes que no pasará absolutamente nada que no quieras que pase, eso por supuesto.

—Lo sé, lo sé...

Lo peor del asunto era que aquella iba a ser una prueba de fuego. Que yo supiera que no debía pasar nada no quería decir que tuviera claro que ambos pudiéramos controlar nuestros impulsos, pues allí, delante de la chimenea, las llamas de la pasión ardieron en nuestros ojos y cada uno pudo detectarlo en los del otro.

De nuevo el azote de los remordimientos hizo que cambiara el tercio.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, solo es que debo llamar a mis padres.

—Dale, habla con ellos en el dormitorio de invitados si eso te hace sentir más cómoda. —Me condujo hacia el que se suponía que sería mi cuarto allí durante nuestra estancia.

—Te lo agradezco.

Me quedé a solas y llamé a mi madre.

—Mami, ya te habrás enterado de la movida esta por Juanmi, ¿estamos gafadas o no estamos gafadas?

Mis palabras me sonaron un poco falsas, porque no era así como yo me sentía. En realidad, me sentía afortunada, pese a que me diera mucha penita que hubieran hecho el viaje en balde.

—Cariño, a ver si todavía hay suerte y puedes venirte mañana.

—Mamá, ahora mismo es el caos y tampoco es previsible que el tema se vaya a arreglar en unas horas, vamos a tener que echarle paciencia.

—Ya, Estrellita, bueno tú no te preocupes que ya me conoces y sabes que en casa hay comida para un regimiento.

—Ya, mami, el caso es que he pensado que, para no estar sola, me voy a ir con Sole a la suya, así me distraeré más.

—Pues también tienes razón, hija. Qué pintas tú sola en casa y mucho menos mañana, de eso nada.

—Claro mami, ¿y vosotros?

—Nosotros estamos aquí como los jeques esos árabes, hija. Hace un poco de frío, pero nada comparado con Madrid, y en el hotel no nos falta ni gloria bendita; una maravilla.

Pues nada, todos contentos dentro del desaguisado.

Me acerqué por la cocina donde Ángel ya estaba preparando un tentempié.

—¿Una copita de vino? Mira que me da a mí que hoy no vamos a tener que conducir.

—Cierto, que venga esa copichuela, hombre.

Mientras la servía, nuestros ojos volvían a encontrarse una y otra vez.

—¿Ese es Melendi? —le pregunté cuando identifiqué los acordes de una de mis canciones favoritas “Cuando un hombre ama a una mujer”.

—Sí, me encanta, ¿y a ti?

—También me encanta, oye ¿cómo es posible que coincidamos en tantas cosas?

—Pues siéndolo, es que igual estamos predestinados, ¿no te lo has planteado?

La tranquilidad con la que me decía aquel tipo de cosas me daba que pensar. ¿Y si tenía algo de razón?

Fantasías aparte, le puse un wasap a Sole para que supiera de qué iba el tema.

“Has dicho que estás conmigo y estás con el tal Ángel. Te prometo que no te conozco, pero vuela con sus alas si es que lo deseas, amiga”.

Ella siempre tan considerada, mi bichillo. Yo no sabía lo que deseaba o, mejor dicho, sí que lo sabía, pero tenía claro que era una locura total.

Tras brindar con la copa de vino por nosotros, Ángel abrió un par de latas de unas codornices en escabeche que compraban sus padres y que me contó que estaban de muerto, algo que no tardé nada en comprobar a juzgar por el delicioso olor que se de ellas se desprendía.

—¿Te animas a un rato de SPA como sobremesa? —me preguntó y yo, que soy una enamorada del agua, no pude resistirme.

—Qué locura, ¿cómo no voy a animarme? ¿Tú sabes el lujazo asiático que esto supone?

Aquel me hizo recordar a un pequeño SPA que Juanmi y yo disfrutábamos en ocasiones en un hotel japonés que frecuentábamos en Málaga. Apenas podía imaginar por aquel entonces que pronto estaría en otro muy distinto y menos aún en una compañía que tan poco tenía que ver con la de mi novio.

Cualquiera podría pensar que me habría metido en aquel SPA vestida, pues no era plan de hacerlo como mi madre me echó al mundo, pero no fue necesario.

—Te traigo este bañador de mi madre, ella es súper aficionada a la natación y los tiene a pares, está sin estrenar—me comentó mientras me acercaba uno.

—Pero se dará cuenta de que lo hemos estrenado, hombre...

—Ni lo va a echar de menos, no te preocupes que tiene tropecientos en el cajón. Quédatelo y así lo tienes para la próxima...

—¿Cómo para la próxima?

—Que sí, mujer, tú hazme caso.

Pues nada, aquello se presentaba como un juego de a ver quién decía el disparate más gordo, de modo que habría que disfrutarlo.

El cuco SPA era de lo más completo y disfrutamos una barbaridad en su jacuzzi, en el que a Ángel no le dolieron prendas a la hora de hacerme un relajante masaje de pies.

—Los tienes preciosos—me dijo mientras observaba mi pedicura permanente en rojo pasión que llevaba perfecta, pues me la había hecho horas antes de partir de viaje.

—No me digas que eres fetichista de los pies.

—Quizás un poco, aunque mucho me temo que me voy a volver fetichista de ti a este paso.

—No digas cosas, anda...

—¿Y qué si sueño un poco? ¿A ti no te gusta soñar?

—Sí, sí, que me gusta soñar y también me gusta dormir, pero como me sigas diciendo esas cosas no voy a poder pegar un ojo más cuando llegue a Marbella.

Pensándolo bien, cada vez me hacía menos gracia un retorno a casa que me ligaba a Juanmi. Y, por si esto fuera poco, encima también trabajaba con él, ya que era mi jefe, al igual que su hermano Alonso, que encima era un petardo de mucho cuidado.

Sí, a diferencia de Juanmi, que mantenía una relación estable conmigo, a Alonso le habíamos conocido ya un sinfín de relaciones desde que nos trasladamos a tierras malagueñas. De hecho, si algo bueno podía decirse de Juanmi era que se trataba de la profesionalidad personificada, mientras que Alonso no era la primera vez que llegaba un lunes oliendo a alcohol desde un kilómetro y negando estar borracho como una cuba.

En esos años, varias fueron las ocasiones en las que mi novio estuvo a punto de mandar a paseo a su hermano, pues era un purito desastre eso de trabajar con él, pero al final le podía el vínculo entre ambos y confiaba en que el otro alguna vez sentara cabeza.

Después del masaje y de la larga charla que mantuvimos en el jacuzzi, durante la que comprobamos que nuestro grado de compatibilidad era realmente alto, pusimos una comedia romántica con la que reímos a mandíbula batiente. Y después de esa, otra... Sentados delante de la chimenea, con un té y un café en la mano, lo último que deseábamos era que el tiempo pasara.

A la hora de la cena me las vi y me las deseé, pues comprobé que Juanmi tenía más ganas de charla de las habituales y tuve que argumentar un buen dolor de cabeza para que desistiera de su empeño.

—No, si ahora te vas a poner mala y todo. No te imaginas cómo me siento, de veras que esto parece una pesadilla.

—Tranquilo, que seguro que mañana ya estoy bien y pronto podré volar para casa.

“Volar para casa”, qué poquita ilusión me hacía por mucho que lo dijera. En realidad, por mí volaría hacia la Conchinchina mejor, pero en mi casa estaba mi vida, por lo menos así lo veía yo.

A las doce de la noche, después de cenar, reír y conversar, Ángel me sorprendió con una efusiva felicitación y un brindis con cava, acompañado con unas fresas regadas con chocolate que eran una auténtica maravilla para el paladar.

—Ey, gracias... No esperaba que comenzáramos a festejar tan pronto.

—¿No? Pues tenemos por delante veinticuatro horas de festejos, así que tú verás. —Se rio.

—Madre mía, no sé si esto es el prolegómeno de un cumpleaños o la ceremonia de inauguración de unos juegos olímpicos, con tanto bombo y platillo como le estás dando...

Sin poder ni querer remediarlo, Ángel se apresuró en ese instante a darme un regalo que llevaba toda la tarde guardando para él y con el que estaba deseando obsequiarme; un beso con el que me dejó muda.

—Lo siento si...—murmuró al separar sus labios de los míos.

Claro está que yo tampoco lo había esquivado y eso que he de reconocer que lo vi venir.

Tras él nos abrazamos; fue un abrazo interminable en el que nos dijimos mucho sin articular palabra alguna. No hizo ninguna falta, pues fue la fuerza de nuestros brazos la que habló.

Comenzaba para mí el más emocionante de mis cumpleaños, uno que jamás hubiera imaginado, pero que ahora estaba deseando vivir con él. No sabía, ni mucho menos, lo que el destino me depararía en unos días, pero sí lo que el cuerpo me pedía aquella noche; no separarme de él.

No recuerdo cuánto tiempo pudimos permanecer abrazados en el sofá, pero sí que el sueño nos rindió en esa postura. El chisporrotear de las llamas era el único sonido que se escuchaba en una estancia inundada por la pasión contenida de dos seres que sabían que, de dar rienda suelta a esta, las cosas jamás volverían a su ser.

A eso de las cinco de la mañana me desperté. Sí que debíamos ser unos locuelos, pues ni siquiera habíamos apagado la luz. Las últimas y empuqueñecidas llamas todavía calentaban en el interior de la chimenea.

Miré a Ángel y hubiera jurado que sí que era uno de aquellos querubines a los que aludía su nombre, pues no pudo parecerme más bonito. Incluso diría que, pese al sueño, en su rostro se vislumbraba una sonrisa preciosa.

Aunque no quise despertarlo, no pude evitarlo al moverme, pues se me estaba durmiendo uno de los brazos. Y es que, en nuestro intento por seguir abrazados, ninguno de los dos nos habíamos soltado en todas aquellas horas.

—¿Estrella? —me preguntó al percatarse de mi movimiento.

—La misma...

—No te vayas, ¿eh?

—Tranquilo, que no me muevo de tu vera—le contesté activando el modo andaluz, ya que el habla de sus gentes se me había pegado un poco y me encantaba.

—Así me gusta...

Sus azules ojos volvieron a cerrarse y con ellos los míos. Para cuando volvieron a abrirse ya eran las diez de la mañana del día siguiente, ¡no pudimos dormir mejor!

## Capítulo 7



—Yo no quiero despedirme de ti—me dijo Ángel en la terminal del aeropuerto el lunes después de almorzar.

Por fin la previsión meteorológica permitía viajar y logré el canje de mi billete para ese día.

—Y yo tampoco, corazón, pero es lo que hay. Seamos realistas, tú tienes tu vida aquí y yo allí...

—¿De verdad es eso lo que te dice tu corazón? Porque te prometo que no fue eso lo que percibí anoche, llegué a albergar la ilusión de que estaríamos juntos... No me apetece nada esta despedida, déjame conocerte, déjame demostrarte que lo nuestro podría salir.

Miré su cara y el alma se me cayó a los pies, ¿cómo era posible que nos atrajéramos tanto en tan poco tiempo?

Los flases que venían a mi mente de la noche anterior no iban a ayudar en absoluto. Nos fue imposible no sucumbir al deseo y, después de un día de risas, comilonas y celebración por todo lo alto, nos despedimos como la ocasión lo estaba pidiendo a gritos.

Ocurrió delante de la chimenea, no se nos ocurrió otro escenario mejor en el que dejarnos abrazar por esas llamas de la pasión a las que tantas veces he aludido.

Camino del avión lo recordaba como el más sugerente de los episodios sexuales que jamás había vivido. Si el fin de semana en sí, encerrada a cal y canto con aquel bombón en lo que parecían ser los confines del mundo, había constituido todo un espectáculo, no digamos ya cuando se desnudó con el fin de regalarme lo mejor de él.

La química que desde el primer instante se había desatado entre nosotros, no tardó en hacer acto de aparición en aquel salón, donde nos devoramos a placer y con impresionantes ganas. Diría que no hubo un solo pliegue de la piel de ambos que no quedara a merced del otro; de su lengua, de sus dedos, de su tacto...

Fue un asalto que comenzó con deseo contenido y que terminó en una espiral lujuriosa que necesitó varias horas para calmarse.

Despedirme de Ángel me había dolido más de lo que a priori pensé. Quizás las cosas habían llegado demasiado lejos, pero es que mi aterrizaje en Madrid no había sido por casualidad, sino el fruto de una desesperación que ahogué en sus férreos brazos.

Fue sentarme en el asiento que me correspondió y darme cuenta de que las cosas no volverían a ser las mismas, ¿cómo miraría a Juanmi a mi llegada?

No, no iba a ser una cuestión fácil y eso que yo me había propuesto hacer de tripas corazón y tirar una temporadita a ver si lo nuestro se enderezaba, aunque me daba a mí que esa cuestión era hartito complicada y que no iba a ser posible por mucho que me empeñase en ello.

Llegué a Marbella con el corazón en un puño pues nada más aterrizar recibí una llamada de Ángel.

—Date la vuelta y me verás—me dijo y casi me da un síncope pues la intensidad de su forma de hacer las cosas me dio que pensar que era capaz y capataz de haberme seguido hasta allí.

—No estás, aunque sí que te siento, no voy a decir lo contrario.

—¿Me sientes? Pues yo te siento, te huelo, te veo en cada rincón... No va a ser fácil estar sin ti hasta la próxima vez que nos veamos.

—Ángel, yo... No sé lo que decir, este no es un capítulo de nuestras vidas que podamos dejar abierto. Las cosas son como son y hoy por hoy...

—No me digas eso, Estrella, que me muero de pena.

—Y yo, lo que pasa es que no me gustaría crearte falsas expectativas...

—Ni yo te estoy pidiendo eso, lo único que digo es que contemples la posibilidad de que no sean falsas sino reales...

—Tengo que dejarte, Ángel...

A lo tonto a lo tonto, no me había ni dado cuenta de que prácticamente tenía ya a Juanmi al lado, con el peligro que eso suponía.

—¿Cómo está la chica más preciosa del mundo? —me preguntó nada más verme.

—Bien, bien, gracias, cuánta efusividad, ¿y los demás?

—¡¡Aquí!! —Jairo salió de detrás de una columna con una pancarta que él mismo se había currado.

—Eres único, hermanito, ¿cómo lo llevas? Mira que no decirme nada de vuestra visita tú tampoco, casi te quedas sin tu juego de la Play.

—¿Qué dices? ¿Cuál me has comprado?

Nada en el mundo que le entusiasmara más que eso.

—¿Y mis padres? —le pregunté a Juanmi extrañada por el hecho de que no estuvieran allí.

—Se han quedado en el hotel arreglándose, hoy nos vamos de cena todos, ¿te parece?

—¿Con rima o sin rima, Juanmi? —Jairo estaba en la edad de dar la nota y yo le hice un gesto para que no se pasara demasiado de la raya.

—Me parece, me parece—le contesté porque hubiese supuesto una descortesía hacia todos no hacerlo.

—Me alegra escucharlo, porque creo que es la ocasión ideal para que pasemos un rato extraordinario en familia.

—Bueno, pues si tú lo ves así, yo también.

Bien pensado así rebajaría tensión, pues la idea de ir en horas de los brazos de Ángel a los de Juanmi no es que me hiciera ni chispa de gracia.

De vuelta a casa, dejamos a Jairo en el hotel.

—Por fin solos, no sabes las ganas que tenía de poder felicitarte a salvo de miradas indiscretas —me dijo Juanmi mientras depositaba en mi boca un intenso beso.

No sé cómo pude corresponderle en ese momento, y no solo porque sintiera que lo nuestro estaba agonizando, sino porque me invadió el miedo al pensar que él pudiera detectar en ese beso el sabor de otros que yo no me sentía con fuerzas para confesarle.

—Ponte guapa, porfi, no todos los días cumplés años y tenemos una celebración atrasada—me comentó cuando me metí en la ducha.

Lo hice porque suponía de sobra que si Juanmi nos iba a invitar a cenar no sería en un lugar cualquiera, sino probablemente en uno de los mejores restaurantes de Marbella, esos que solíamos frecuentar.

Si de algo no podía acusarle era de haber sido jamás un rácano con el dinero, ni mucho menos. Cierto era que la clínica iba sobre ruedas y que allí él y Alonso ganaban dinero a espaldas, pero todo se le hacía poco a la hora de agasajarme. Y en casos como aquel, de agasajar también a los

míos.

Estrené un precioso vestido en color rosa palo que llevaba meses colgado en mi armario, pues no había visto la ocasión ideal para hacerlo, y lo combiné con un maravilloso abrigo gris que mi novio me había regalado semanas atrás.

De punta en blanco; así íbamos los dos y así nos esperaron también mis padres y hermano en el restaurante. A quienes yo no esperaba ver era a mis suegros, Consolación y Nicolás, así como a mi cuñado Alonso, que comenzó a tirarme de las orejas nada más verme.

—Cuñadita, mira que es cursi mi hermano, que nos ha reunido aquí a todos en vez de llevarte a ti a un viaje de esos que tanto te gustan...

—Vamos, como si lo viera, Alonsito, que tenías un fiestorro programado y has tenido que dar marcha atrás para venir aquí esta noche.

—Sí, digamos que “un fiestorro” caribeño, con unas medidas espectaculares, tú me entiendes.

—Claro que te entiendo, que no das puntada sin hilo... Pues por mí ya sabes, te puedes ir que no hay problema, tan cuñados igual.

Pese a que le había dado más de un quebradero de cabeza a Juanmi, yo me llevaba bastante bien con Alonso, ya que en el fondo era buena persona, solo que vividor como él solo. Lo mejor es que ninguno de los dos teníamos pelos en la lengua y nos hablábamos sin tapujos, algo que me gustaba.

Lo que ya me escamaba más era que mis suegros, que vivían en Ávila desde que se jubilaron, estuvieran también allí, pero igual todos se habían puesto de acuerdo en hacernos una visita.

Tras el repertorio de besos, abrazos y felicitaciones nos sentamos a cenar. Yo no paraba de pensar en que aquel había sido un cambio total, como cuando te estás duchando con agua calentita y de pronto se acaba la bombona de butano y te hielas, pues igual.

No en vano, de estar viviendo la aventura de mi vida, me sentía nuevamente en casa metida en familia hasta el pescuezo. A decir verdad, más que nunca, porque no era frecuente que nos reuniéramos todos en Marbella.

Sin embargo, pronto le encontré una explicación al asunto, ya que aquello se transformó de golpe en una pedida de mano en toda regla. Sí, hablamos de la segunda, que Juanmi ya me propuso matrimonio en su día y yo me quedé en el limbo.

—Estrella, sé que igual no es lo que esperas en un momento de nuestra relación en el que reconozco que no he dado demasiado la talla. Hace un tiempo te pedí matrimonio y sé que no era esa la única petición que esperabas por mi parte. No obstante, quiero que sepas que llevo semanas pensándolo y que finalmente ayer me decidí, por lo que mis padres han venido echando mistos para Marbella; quiero que seas mi mujer, pero no solo eso, quiero que seas la madre de mis hijos.

—¿La madre de tus hijos? —acerté a responderle con los ojos abiertos como platos.

—Sí, cariño, la madre de esos hijos que sé que tanto deseas tener y que me a mí me ha costado asimilar, pero finalmente creo que después de tantos años ha llegado el momento.

Sinceramente, me dejó a cuadros y no supe qué decir. Si Juanmi me hubiera hecho tal propuesta meses atrás, hubiera saltado de alegría hasta el techo, pero en aquella ocasión me quedé muda. Por otra parte, aquello era lo que llevaba tanto tiempo esperando y ahora me lo servía en bandeja, ¿por qué no podía articular palabra?

La mirada de mi madre fue a dar con la mía y, sin palabras, me dijo que todos estaban esperando una contestación. Escudriñé las miradas del resto de los presentes y comprendí que tenía razón. ¿Cómo zafarme de una respuesta que todos esperaban que fuera afirmativa?

En un segundo, pensé en todas las posibilidades, incluso en fingir un desmayo y posponer la

susodicha respuesta. Indudablemente habría sido un gran error porque yo debía salir de aquella y cuanto antes, mejor.

Tentada estuve de decirle que no, que ya era tarde, que se lo había pedido incontables veces y que todas ellas me di con un muro. Tentada hasta que vi venir al camarero con aquella preciosa tarta coronada por una cigüeña de cuyo pico pendía una maravillosa sortija.

Si hubiera cerrado los ojos en cualquier momento de mi vida, habría dicho que sí sin pensarlo a aquella propuesta. ¿Por qué me sentía ahora tan desgraciada? Pues por la sencilla razón de que yo tampoco había estado a la altura de los acontecimientos y, durante mi visita a los Madriles, había corneado a tope a mi novio.

Para más inri, la persona con la que lo hice parecía haber entrado en mi mente con fuerte inusitada y ahora ya no sabía cómo sacarla de allí.

Lamentablemente no me quedaba tiempo. Miré hacia la puerta y pensé en la posibilidad de salir corriendo tipo “Novia a la fuga” o similares. Pero me bastó con volver a mirar las caras de mis seres queridos para constatar que ellos merecían más por mi parte que una salida por la puerta de atrás.

Miré a la cigüeña y ella pareció mirarme a mí. Cerré los ojos y la imaginé volando con nuestro bebé en su pico. Si algo no podía negar es que yo a Juanmi lo había querido con locura durante años por lo que, ¿quién decía que no pudiera volver a quererlo igual? El tema de los hijos nos había separado, pero por fin parecía haber consenso entre ambos, ¿qué me impedía decirle que sí?



## Capítulo 8



El sí que le espeté me cogió de sorpresa. Sí, por paradójico que pueda sonar, creo que el resto tenía bastante claro que mi respuesta sería afirmativa, salvo yo...

Aquella noche, mientras Juanmi hablaba y hablaba de cómo sería nuestro futuro al volver a casa en el coche, mi mente voló lejos de él. En concreto, fue a aterrizar en Madrid, al lado de Ángel, esa persona a la que debía enterrar para siempre si no quería que su fantasma me persiguiera allá donde fuera.

Por mucho que me doliera, tenía que dejarlo en el baúl de los recuerdos. También era mala pata que Juanmi se hubiera ido a decidir justo después de que yo le pusiera una cornamenta de matrícula de honor, no podía haberlo hecho antes el muchacho.

Eso era lo que pensaba horas después mientras él dormía y yo recapacitaba sobre todo lo que nos había ocurrido en los últimos días. Una idea me asaltaba una y otra vez; si me lo hubiera propuesto antes de marcharme a Madrid, ¿habría caído en los brazos de Ángel?

Casi con total seguridad la respuesta era negativa; lo que me hizo caer rendida a sus pies fueron sus innegables encantos, pero también, en la otra cara de la moneda, el desencanto que suponía para mí mi relación en aquellos momentos.

Quisiera o no, me pasé horas mirando la sortija de pedida que adornaba mi dedo y que suponía una ruptura total con el pasado y, en particular, con Ángel.

No obstante, fui incapaz de acceder a los deseos de Juanmi antes de dormirme.

—Es que todo esto me ha pillado tan de sorpresa, amor, que no sé ni dónde estoy de pie, me siento exhausta, mejor dejemos la fiestecilla para mañana.

—¿Exhausta pero feliz? —me preguntó él con bastante interés.

—Claro, muy feliz, no te quepa duda de ello...

Un tanto lánguida pudo notarme, pero bien me guardé de que pudiera ver en mi cara ningún signo de traición. De ser así, no me lo hubiera perdonado en la vida, porque Juanmi tenía muchas virtudes, pero era bastante orgulloso para esas cuestiones.

No hacía demasiado tiempo le había escuchado una conversación con Alonso que me lo dijo todo al respecto. Era respecto a José Luis, un compañero de la clínica que se había enterado de rebote de la infidelidad de su mujer.

—Andando yo iba a perdonar una cosa de esas, no me cabe en la cabeza, vaya...

—Pero qué anticuado estás, hermanito. Si eso se lava y estrena, parece mentira que un tío de estos tiempos tenga una mentalidad de esas de cromañón, lo que hay que oír.

—Tú eso lo dices porque no te has enamorado en la vida, Alonsito, pero cuando quieres a alguien de verdad no te planteas que pueda compartir esa intimidad con otra persona. Al menos yo no, y si así fuera, borrón y cuenta nueva.

—Eso es, a tomar por saco la relación y tan amigos, ¿no?

—Y sin lo de amigos, que no creas que me iba a quedar ni puñetera gana de tener amistad con quien me hiciera eso, ¿me he explicado?

Se había explicado como un libro abierto. Yo estaba por allí dándole vueltas al instrumental y me quedé con el cante perfectamente. En ese momento, sus palabras no significaron nada para mí porque el término infidelidad no entraba en mi vocabulario, pero en poco tiempo mi mundo se había puesto patas arriba.

Por suerte, lo ocurrido quedaba a cientos de kilómetros de nuestra casa y Ángel no era una persona con la que yo tuviera que volver a cruzarme en la vida para nada.

A la mañana siguiente, al despertarnos, mi futuro marido me dio un besazo y me dijo de prepararme el desayuno. Ese tipo de detalles siempre los había tenido conmigo, aunque ya hacía tiempo que decayeron bastante.

—Ya que he vuelto de Madrid antes de tiempo tendré que ir a trabajar hoy, ¿no te parece?

—De eso nada, el jefe no lo aprueba—bromeó—, tenías un par de días más de vacaciones y debes aprovecharlos con tus padres.

—Creo que, de hecho, ellos se van mañana.

—Pues entonces con mucha más razón, debes tomarte el día libre para disfrutar de su compañía. Incluso, si me apuras, para distraer también a mis padres, yo sí que tengo que ir a trabajar sí o sí, que tengo la agenda petada.

—Cuenta con ello, claro...

No es que me apeteciera mucho encontrarme con mi madre y con mi suegra a la vez después de lo ocurrido la anterior noche, porque yo sabía muy bien por qué derroteros iba a transcurrir esa conversación, pero no me quedó más remedio.

Tan pronto me quedé sola en casa, revisé mi móvil. Ahora era yo quien apostaba a que Ángel me habría escrito y no me equivoqué.

“Buenos días, preciosa. Estoy loco por escuchar tu voz. ¿Crees que tendrías unos minutitos para mí?”

No era ya que los tuviese, sino que casi estaba en la obligación de darle una serie de explicaciones que le sacaran de su idea, y así de paso reafirmarme yo en ellas.

—Hola Ángel, ¿cómo estás? —le pregunté de lo más nerviosa en cuanto descolgó.

—Ahora que te escucho, mucho mejor. ¿Cuánto tiempo hace que no hablábamos? ¿Dos siglos, quizás tres...?

—Eres un caso perdido, sabes que muy poco. De todos modos, ahora sí que tenemos que hablar y es probable que lo que debo decirte no te haga demasiada gracia.

—Huy, huy, creo que no ha habido un solo “tenemos que hablar” en la historia de las parejas que haya acabado bien. Y me temo que esta no va a ser una excepción.

—Para empezar porque obvias el pequeño “detalle” de que tú y yo no somos pareja, Ángel.

—¿No? ¿Y entonces qué somos? —El tono de su voz indicaba nerviosismo.

—Pues dos personas que se han conocido, han conectado y finalmente... han seguido caminos separados.

—Ya sabía yo que no era nada bueno lo que tenías que decirme, ¿no me digas que a Juanmi le han valido unas pocas horas contigo para convencerte de que lo vuestro va a resurgir de las cenizas como el Ave Fénix? Mira que ese propósito te puede sonar muy bien, pero no es demasiado realista, quizás no lo hayas pensado.

—Sí, créeme que esta noche he tenido tiempo para pensar en todo. Es que... no sé cómo decírtelo, anoche durante la cena... Bueno para empezar no fue una cena normal, sino en familia, ¿sabes?

—Ya, me suena muy idílico, ¿y?

—Pues que él me volvió a pedir matrimonio, pero esta vez con la cosa de que seamos también padres, como es mi deseo.

—Ya y a ti te ha valido, así sin más...

—Ángel, lo dices como si me lo hubiera propuesto el butanero, ¿no te das cuenta de que es mi pareja desde hace un buen montón de años?

—¿Y tú no te das cuenta de que si hubieras sentido lo que debías por él nunca te habrías acostado conmigo como lo hiciste?

—Ese es un golpe bajo, por favor te pido que no sigas por ahí.

—Ya, no vaya a ser que mis palabras te lastimen. Sin embargo, a mí se supone que las tuyas me deben hacer cosquillas, ¿no es así? Pues no, no me da la gana, Estrella, no pienso quedarme de brazos cruzados mientras veo que tiras tu futuro por la borda y, de paso, también el mío. ¿No comprendes que es de lo más frustrante?

—Puedo entenderlo, Ángel, pero esto no era lo hablado. En ningún momento te dije que fuéramos a seguir viéndonos después de pasar ese fin de semana juntos.

—Un fin de semana que ahora coges como un guiñapo y lo olvidas, ¿no?

—Ojalá fuera tan fácil, no creas que voy a poder sacarte con tanta facilidad de mi cabeza, pero sé que debo seguir con mi vida.

—¿Y por qué no te dejas llevar un poco en vez de oponer tanta resistencia? ¿No entiendes que es muy probable que funcionara?

—Porque yo no lo veo igual que tú. De hecho, creo que debemos dejar esta conversación que no nos está haciendo ningún bien ni a ti ni a mí.

—Habla por ti, Estrella, yo preferiría seguir hablando contigo, aunque me vistieras de limpio, fijate. Lo que no quiero es que cortes y pensar que es la última vez que hemos hablado.

—Tampoco tiene por qué ser la última, cuando todo esto se nos pase podríamos llegar a ser buenos amigos, ¿por qué no?

—Claro, y cuando tenga que hacer una auditoría en Marbella me paso por tu casa y ceno contigo y con tu marido. No me fastidies, Estrella, por favor... Sabes perfectamente que esas son cosas que se dicen, pero que no se cumplen ni en broma.

—Yo no sé qué decirte, Ángel...

—Dime que te lo vas a pensar al menos, que...

—Ángel, ya, te he dicho que he tomado una decisión y te pediría por favor que la respetaras, no me lo pongas más difícil.

—¿Tú me hablas de dificultad, Estrella? Al menos tú tienes una boda que organizar y un hijo que encargar, pero a mí me has dejado hecho polvo.

Ahora era a Ángel a quien no sabía lo que contestarle. No le faltaba una razón para estar enfadado, pero, si lo miraba desde otro prisma, lo nuestro había sido visto y no visto.

Me costó la misma vida que colgara el teléfono. Jamás hubiera imaginado que iba a oponer tanta resistencia. De hecho, llegó un momento en la conversación en el que comencé a sentirme un tanto violenta porque era imposible que insistiera más.

Una vez logré colgarle, después de un mínimo de treinta minutos de discusión, me dije a mí misma que debía poner pie con pared si quería decir definitivamente adiós a lo que había compartido con él.

Llamé a mi madre y a mi suegra y quedé con ambas para desayunar de nuevo, esta vez en plan “chicas” aunque estaba cantado que entre las dos me iban a poner la cabeza como un bombo con los preparativos de la boda.

Mientras andaba hacia la cafetería tomé una decisión; bloquearía a Ángel por todos los medios, pues no me fiaba ni un pelo de que no me llamara en otro momento para intentar convencerme de que lo intentáramos. Y lo peor sería que me pillara con Juanmi al lado y comenzara a olerse la tostada.

Temblando como un flan lo bloqueé y me dispuse a darle carpetazo definitivo a lo nuestro.

Unos minutos más tarde estaba en otro universo; en uno materno en el que el principal objetivo era vestirme de blanco para festejar un día que estaba destinado a ser glorioso.

No me equivoqué en que la combinación de ambas sería poco más o menos que mortal. La que me dieron fue apoteósica y hasta se empeñaron en que, desde allí mismo, y sin pasar por la casilla de salida, nos fuéramos directamente a ver vestidos de novia.

Cogida del brazo de cada una de ellas, recorrí varios escaparates. En ellos había monerías para el gran día y me dispuse a apartar los nubarrones esos que amenazaban con tormenta en mi cabeza para comenzar a disfrutar de aquello que tanto soñé.

—Yo no sé si es buena idea elegir vestido tan pronto porque todavía no tenemos fecha y puede que, para cuando la tengamos, ya esté embarazada—les anuncié.

—Hija mía, las he visto rápidas y después estás tú—me contestó mi madre que hablaba por ella y por mi suegra, pero a esta última le costaba más ser tan franca conmigo.

—Mamá, es que a mí lo de pasar por la vicaría me alegra mucho, pero lo que realmente me llena es eso de tener un bebé en los brazos.

—Estrellita, siempre te mostraste de lo más maternal, desde que no levantabas ni un palmo del suelo...

## Capítulo 9



Mi existencia dio un vuelco en cuestión de días. De pensar que Juanmi no era el hombre de mi vida, volví a verlo como el ser cariñoso y amable que siempre me había tratado como a una reina.

—No me puedo creer lo bien que estamos ahora—le comenté una semana después de la pedida, pues hora a hora notaba que la relación iba recobrando el ritmo.

—Y más que vamos a estar, me ha costado demasiado tiempo darme cuenta de lo que era verdaderamente importante, pero al final he visto la luz.

—¿Al final del túnel? —bromeé.

—Sí, sí, al final del túnel.

Reconozco que en determinados momentos todavía se me venía Ángel a la cabeza. El poco tiempo que había vivido con él fue demasiado intenso, pero aquello debía dejarlo correr como el agua que no has de beber.

Al fin y al cabo, no era más que una canita al aire de esas que dice la gente. Vale, no era mi estilo y me costaba afrontarlo, aunque si quería cumplir mi sueño de ser madre con Juanmi más me valía no seguir dándole vueltas y dejar que los remordimientos se diluyeran.

Si algo me ayudaba, eso sí, era el comportamiento que Ángel tuvo durante nuestra última conversación. Por Dios bendito, no fue ni medio normal, noté el reproche en su voz como si fuéramos una pareja de toda la vida, me pareció un tanto paranoico...

La vuelta al trabajo también me ayudó cantidad a sacarme esa espina del corazón. Mis compañeros nos hicieron hasta una fiestecita con motivo del enlace y no había día que no me sentara a desayunar o merendar con Cristian en el que no habláramos de mis planes.

—Menos mal que ya te has sacado el palo en el culo ese que me llevabas, que me tenías amargado hasta a mí. —Reía con su café en la mano.

—Sí que tengo que ponerte en los altares, me has aguantado tela del telón.

—Ni que lo digas, me merezco un premio, deberías invitarme a ir con vosotros de luna de miel o hacerme padrino del churumbel o algo parecido, por las molestias.

—Pues mira, creo que sí, aunque lo de la luna de miel mejor lo discutes con el jefe, que no sé qué tal idea le parecerá. —Reía yo imaginando la estampa de contarle a Juanmi que nos lo teníamos que llevar para desagraviarlo.

—Ahora en serio, ¿tú cómo estás? —me preguntó una tarde días después, en la que me notó una pizquilla melancólica.

Cristian había sido mi paño de lágrimas durante toda mi crisis y a veces tenía la sensación de que me conocía mejor que yo misma.

—Bueno, estoy genial, ilusionándome más y más cada día, ¿no se me nota?

—Sí, ¿pero? Porque hay un pero, yo te lo noto y no sé dónde está la clave del asunto.

—Tú sabes más que Briján, jodido.

—Suéltalo, Estrellita, ¿no estás convencida del paso que vas a dar? Porque mira que si es así todavía podrías pensártelo, que no es plan de ir al altar con dudas.

—No es eso, es que...

—Suéltalo ya que vas a lograr que me muerda las uñas a la altura de los muñones, anda.

—Cristian, es que durante el fin de semana que pasé en Madrid, supuestamente “sola” — entrecomillé en el aire—, le puse los cuernos a Juanmi.

—¿Qué dices? —Dio tal respingo en la silla que a punto estuvo de volcar la mesa y todo lo que en ella había.

—Así me gusta, que seas discreto.

—No, si todavía la culpa va a ser mía, después de soltarme semejante bombazo sin anestesia y sin nada.

—No me juzgues, por lo que más quieras, tú no... Estoy tratando de reordenar mi cabecita y te garantizo que no me está siendo nada sencillo, lo último que necesito es que tú me juzgues.

—¿De veras crees que yo podría juzgarte, cabecita hueca? Lo único es que me has pillado de improviso total, mujer.

—Ya, pero es que una tampoco sabe cómo avvicinar según qué noticias. Ten presente que no es plato de gusto hablar ahora de estas cosas.

—Ya, ya, supongo que el plato ya lo degustaste allí y que ahora lo que estás digiriendo, conociéndote, son los remordimientos.

—Yo no lo hubiera explicado mejor.

Durante aquella media hora le conté a Cristian (sin pelos ni señales porque me moría de vergüenza) el periplo que había vivido con Ángel. Mi sensación era que, según lo iba confesando, la dimensión de aquello se reducía y me ayudaría a dejarlo en esa especie de cajón de sastre en el que metía todo lo que no era satisfactorio en mi vida.

Cuando terminé, Cristian se echó las manos a la cabeza.

—Te prometo que lo hubiera podido sospechar de cualquier persona menos de ti, ¡qué pasada! Oye que lo digo en el buen sentido, ¿eh? Tú estabas súper confundida y al menos te ha servido para darle una alegría al cuerpo. Y encima vuelves a casa y se te soluciona todo, ¡eso sí que es lo que llamo yo una jugada redonda!

—Ya, y no creas que me queda tampoco demasiada pena porque creo que el tío engañaba bastante. Para mí que, detrás de su apariencia de ejecutivo formal y centrado, se esconde una personalidad bastante más atormentada.

—Huy, niña, pues para tormentas mentales estamos nosotros... Como si la vida no fuera ya bastante complicada algunas veces de por sí. Tú deja al tío ese allí con sus mulas y sus tormentas, y ahora céntrate en la vida tan requetebonita que vas a tener aquí.

—Sí, sí... ¿Y sabes una cosa?

—No, pero me la vas a decir igual, así que suéltala ya...

—Pues que estamos buscando ya el niño, para mí que me caso con un bombo y si no, al tiempo.

—Tú estarías bonita hasta vestida de tortuga Ninja, te lo digo yo, así que te puedes permitir casarte con bombo, sin él o como te dé la real gana, que a Juanmi lo tienes comiendo de la palma de tu mano.

—Ahora me doy cuenta de que sí, mira que ha habido un tiempo que lo notaba muy distante, pero las aguas han vuelto a su cauce que da gloria. Estamos viviendo una segunda luna de miel, me cuesta hasta creerlo.

—Y hablando de eso, ¿dónde iréis cuando os caséis?

—Ozú, es que todavía no tenemos fecha de boda y dependerá de si ya estamos esperando o no el churumbel, que yo no quiero soltarlo por cualquier parte del mundo, tú me entiendes.

—Vaya cachondeo, sí que te entiendo sí, o sea que lo mismo te vas a Japón que te quedas en Cuenca, ya se verá.

—Si me han puesto antes mirando para allí y ha sido efectivo, me quedo en Cuenca, claro.

El buen humor había vuelto a mi vida. Además, contarle lo ocurrido a mi amigo y compañero me supuso una liberación, como si me hubiera quitado una pesada losa de encima. El asunto era que, al compartirlo, como mínimo sentía que ya no pesaba solo sobre mis hombros.

Entramos en la clínica y vi que estaba Remedios, una de nuestras clientes de toda la vida, con la que yo tenía gran confianza.

—Mira, Estrellita, esta es mi hermana Encarna, que ha venido para hacerse una puñeta de esas, ¿cómo se llama? —me preguntó.

—¿Una endodoncia?

—Eso mismo, le he dicho que tu novio tiene unas manos que son para embalsamárselas y que no podía ir a otro sitio.

—Te lo agradezco mucho, bonita.

—Por cierto, que, hablando de gente habilidosa, mi hermana echa las cartas que es un primor. Si alguna vez te inquieta alguna cosa o quieres saber cómo te va a ir, no dudes en acudir a ella.

—Mi hermana es que me vende muy bien—respondió la otra señora, que parecía ser muy franca.

—Ya, pero ¿es cierto que te dedicas a eso?

—No de un modo profesional, lo que pasa es que siempre se me ha dado bien lo de las cartas, eso no lo puedo negar. En cualquier caso, más por echarle un cable a la gente que otra cosa.

—Eso es verdad, mi hermana no es una sacacuartos ni nada parecido, pero cuando yo te digo que tiene un don es que tiene un don. A menudo solo le hace falta mirar a las personas para saber qué suerte van a correr, con eso te lo digo todo.

—Remedios, que tampoco es que tenga yo rayos láseres en los ojos...

—Tú parece muy modesta, pero cuando el río suena es que agua lleva, ¿es verdad que tienes esa sensibilidad? —Me interesé.

—Un poco sí, desde niña, pero no es solo que vea a las personas, a veces también necesito tocarlas y entonces ya quizás sí...

En ese instante Encarna me tomó por el brazo y lo que vi en su cara no me resultó demasiado halagüeño.

—Perdona, ¿has visto algo que...?

—Nada, una sensación un poco extraña relacionada con...

—¿Con qué? Dímelo, por favor, me gustaría saberlo.

—Con el color azul—concluyó un tanto preocupada.

Cristian me miró y yo lo miré a él. Ya le había comentado que el rasgo físico que más me llamó la atención de Ángel fueron sus ojos azules. Intenté que Encarna soltara prenda, pero no hubo manera, solo me dijo que estuviera alerta con todo lo relacionado con ese color.

—Tranqui—me comentó Cristian mientras que nos colocábamos las batas.

—¿Tú crees que puede tener algo que ver con...?

—¿Con el tal Ángel? —En aquel cuarto estábamos a salvo de escuchas.

—Sí, con él.

—Quizás, pero no tendría nada de particular. A ti todavía te ronda ese tema por el coco, aunque sea en forma de remordimientos, y es probable que ella haya podido detectarlo si tiene ese don que dicen.

—Ya, pues a mí me ha puesto un mal cuerpo que ni te lo imaginas, menudo yuyu...

—Ya, ya supongo, pero no te preocupes que no va a pasar nada, tú olvídate del tema y punto redondo.

Jolines, qué difícilito me estaba resultando dejar atrás del todo la cuestión de Ángel y qué caritos me iban a salir los polvos que había echado con él. Para una vez que había matado un gato, ¿me iba a recordar que era una “matagatos” de por vida? No, no había derecho y yo tampoco es que hubiera tenido la culpa del todo, que también Juanmi se había puesto de un pesadito con su postura que me estaba costando la misma vida.

Entré en la consulta y allí había una chica con un carrito de bebé al lado.

—Mira qué plan, resulta que al padre le ha salido trabajo a última hora y no se lo ha podido quedar, menos mal que al dentista no le ha importado—me comentó mientras la preparaba.

—No, tranquila, que es mi pareja y es un amor, no hay problema—le conté justo cuando él entraba por la puerta sin que yo lo hubiera escuchado.

—¿Estabas criticándome? —bromeó mirando embelesado cómo, a su vez, yo miraba al crío que estaba dormidito en su carro.

—¿Vosotros tenéis hijos?

—En ello estamos—le respondimos los dos al unísono.

Y sí, en ello estábamos con toda la ilusión del mundo. De hecho, ahora que lo notaba tan por la labor de ser padre, yo no veía la hora de llegar a casa para hacer un nuevo intento.

Sin duda que nuestros problemas habían quedado atrás. Y pensar que hubo un momento en el que llegué a plantearme darle una patada a mi vida y quedarme con Ángel en Madrid. Anda que hubiera hecho un pan como unas tortas de haber tomado esa decisión.

Por suerte, la razón imperó y yo volví a casa con la intención de comprobar si lo nuestro tenía arreglo. Y parecía que la vida acababa de premiar mi paciencia, pues Juanmi estaba desconocido y cada día más pendiente de mí y de que lo nuestro saliera.



## Capítulo 10



Un mes después yo lo tenía reventadito.

—Por mi madre de mi alma, Estrella, espero que esto surta efecto porque me vas a dejar seco —bromeó Juanmi aquella mañana de jueves al levantarse.

Tenía toda la razón, porque era un sinvivir... A mí me daba igual lo de los días más fértiles y toda la película. De hecho, yo pensaba que cualquiera era una oportunidad para concebir y al lío que nos poníamos antes de dormir y al levantarnos.

El caso es que, a la chita callando, yo ya sabía que tenía un retraso, pero no quería decir ni mu hasta tener algún dato más que apuntara bebé a la vista.

—Tengo unas cosillas que hacer esta mañana, ¿podría entrar un par de horas más tarde, jefe? —le pregunté activando el modo zalamero.

—No sé, no sé, bueno me lo pensaré. Vale, pero solo si me relevas de mis funciones en algún momento, que estoy baldado.

—Bueno, ya veremos—le respondí sacándole la lengua y pensando en que estaba deseando que saliera por las puertas para volar a la farmacia.

En cuanto lo hizo, yo me coloqué unos vaqueros y las deportivas y salí a la carrera de allí. Pese a que el clima templado de Málaga no era el de Madrid, el tiempo tampoco parecía demasiado dispuesto a darnos una tregua aquel fin de semana cercano a la primavera y la lluvia arreciaba.

Pensé en que todos los acontecimientos importantes de mi vida estaban relacionados con las inclemencias meteorológicas de un tiempo a esa parte, como había sido mi cumple o la posibilidad de estar embarazada.

“Embarazada” me sonaba como la mejor de las músicas. Llegué a casa con el pelo mojado como una rata, pues la fuerte racha de viento que pillé por el camino me había partido el paraguas... Lo mismo me daba que me daba lo mismo.

Me metí en el cuarto de baño y regué el test con las primeras gotas de orina de la mañana, que decían que eran las más efectivas, pues no quería yo resultados poco certeros... Para eso me había aguantado, que estaba ya que daba saltitos de las ganas de hacer pis que tenía... ¡Aunque para saltitos los que di cuando finalmente el test reveló que mi niño o niña venía en camino!

Frente al espejo y con la prueba en la mano, me eché a llorar de alegría sin remedio. Jamás me había sentido tan dichosa. Eso sí que era llegar y besar el santo, ¡lo habíamos logrado a la primera!

Cogí el teléfono para llamar a Juanmi y pensé que no podía existir otra manera más fría o sosa de decírselo. No, la ocasión merecía algo mucho mejor. El día siguiente era viernes y los fines de semana los teníamos libres, por lo que podría idear algo.

Pensé en llamar al mismo restaurante donde él me pidió matrimonio para que nos reservaran mesa. Aunque no fuera el colmo de la originalidad, que nos sacaran una tarta similar a aquella, pero sin anillo, con la cigüeña y un chupete colgando de su pico, sería suficiente.

Sí, por mi parte, aquella tarde buscaría un huequito para ir de compras. Quería lucir estupenda para la ocasión, hasta llamé a mi peluquera, Gertrudis, y le pedí hora para el mediodía del viernes. Sí, esa era una idea estupenda, de modo que por la noche ya estaría peinada y solo tendría que vestirme. Ni siquiera le diría nada a Juanmi de nuestra cena hasta la hora en cuestión, no me apetecía que sospechara nada.

Llegué a la consulta y me crucé con Cristian nada más entrar.

—¿Y esa carita de felicidad? No me vuelvas a restregar tu vida sexual por la cara, que tanta sonrisa debe obedecer a algo más—me comentó y, de un tirón, lo metí en el cuarto donde nos poníamos las batas.

—Embarazada, embarazadísima estoy... ¡yjuuuuuuuuu! —Comencé a dar saltos y él conmigo.

—Toma ya, anda que no iba a surtir efecto ni nada la cañita que le has dado al muchacho...

—Se va a volver loco; esta tarde me voy de compras y mañana a la pelu, quiero sorprenderlo con una cenita romántica de viernes noche que no va a olvidar.

—Petarda, no sabes lo que me alegro...

—Sí que lo sé y, ¿sabes tú otra cosa?

—Dispara, venga.

—Que tienes razón, que vas a ser el padrino.

—¿Qué dices? —Su cara de sorpresa lo decía todo.

—Que sí, hombre, que lo he estado pensando y que nadie se lo merece más que tú, que no has parado de apoyarme mientras lo he necesitado.

—No, no, a mí mejor me pagas por mis servicios como psicólogo y punto redondo.

—Con un palo es como te voy a pagar. Mañana cuando le dé el notición a Juanmi le anuncio también oficialmente que tú eres el padrino.

Después de una tarde en la que me hice la remolona y salí un rato de compras, me costó la misma vida conciliar el sueño aquella noche.

—¿Hoy no quieres fiesta? —me preguntó un extrañado Juanmi, pues lo habitual era que la tuviéramos sí o sí.

—Sí que quiero—le contesté mordiéndome el labio, pues lo último que quería era despertar sus sospechas de antemano.

A la mañana siguiente me miré al espejo y me encontré exultante. Por fin la vida me sonreía en todos los aspectos y en unas horas viviría la noche más emocionante de mi vida.

—¿Estás ahí? —le pregunté por lo bajini a mi bebé poniendo la mano sobre mi vientre— Porque si ya puedes escucharme quiero que te vayas quedando con el cante de mi voz; soy mamá, la persona que más va a quererte en el mundo y que, siempre, siempre, por encima de todo y de todos, va a apoyarte.

—Estrella, ¿estás bien? —Pese a mi discreción debía tener cuidado, pues Juanmi parecía tener antenas parabólicas en lugar de oídos.

—Perfectamente, no te preocupes.

Él no tenía ni idea, pero la felicidad que me embargaba no podía ser mayor. Contaba las horas para que se hiciera de noche y poder compartir con él aquel secreto que deseaba gritar a los cuatro vientos.

Ni siquiera se lo había comentado a nadie más que a Cristian, por aquello de que me parecía justo que su padre fuera el primero en saber que nuestro peque estaba en camino.

—Al mediodía me voy a acercar a la pelu, ¿vale? —le pregunté cuando nos hubimos subido en el coche.

—Perfecto, no te preocupes que en ese caso me quedo a comer algo por allí con Alonso, con eso intento meterlo en cintura, que este hermano mío está cada vez más pirado.

—¿Sí? Yo le tengo algo perdida la pista, pero supongo que en su línea. No cambia, ¿no?

—Qué va a cambiar este zopenco... Algunas veces pienso que es una cruz que el universo me ha enviado y que debo cargar con ella. Y otras me dan ganas de mandarlo a hacer gárgaras, ya lo sabes.

—Sí, bueno, ten un poco más de paciencia, a ver si hay suerte y un día de estos se nos hace una personita de provecho.

—Te veo muy condescendiente.

—Sí, es que estoy contenta, ¿o no puede una estarlo?

—Claro, claro que sí, y no sabes lo que me alegra escucharlo.

Que Juanmi bebía los vientos por mí de nuevo a aquellas alturas era un hecho fácilmente constatable. Cristian me lo recordó mientras desayunábamos.

—Se va a volver loquito, niña, qué alegría... Tendremos que hacerte un baby shower de esos que tanto se llevan ahora. A mi prima Candela acaban de hacerle uno y está como unas castañuelas, no veas la de cositas que le han regalado.

—Pero los baby shower son cosas de amigas, ¿no estarás pensando en venir?

—Mira esta, pues claro que sí, o sea que a tu entender solo voy a estar para lo malo, cuando te ha tocado llorar... Y ahora que viene lo bueno y toca reír y celebrar, te vas con tus amigas y a Cristian que le den por donde la espalda pierde su casto nombre, ¿no?

—Tienes razón, mira, cuando la tienes la tienes... Te nombro oficialmente organizador de mi baby shower.

—Qué emoción, por Dios, aunque hay que esperar a saber si es niño o niña y...

La virgen santa lo que pudo soltar por la boca. Cristian no podía estar tan emocionado como yo, pero tampoco le faltaba tanto. Era ya mucho tiempo de amistad el que nos unía y un millón de consejos los que nos habíamos intercambiado.

Volvimos del desayuno y entré en la sala en la que estaba Juanmi. Aunque pudiera parecer raro, nuestros horarios de desayuno y merienda no coincidían. Lo decidimos así cuando comenzamos a trabajar juntos para darnos un poco la libertad de relacionarnos con otras personas y que no tuviéramos que hacerlo todo necesariamente con el otro al lado.

—Estrella, este paciente es nuevo y, después de hacerle una revisión veo que tiene toda la boca perfecta. Lo único que se hará es una limpieza, encárgate tú, por favor.

—Ahora mismo—le comenté mientras él se acercaba hacia la puerta con el fin de encargarse de otro paciente.

Me acerqué y fue entonces cuando mis ojos se separaron de mi cara como en los dibujitos esos animados en los que salen con dos muelles de ella.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté con un nudo tan grande en la garganta que apenas me salía la voz del cuerpo.

—¿No te alegras de ver a tu amor de alta velocidad, Estrella? —me preguntó en el más irónico de los tonos.

Me había quedado muerta en la piedra, pues el último ser humano al que esperaba encontrar en aquella sala era a Ángel.

—No, no me alegro. De hecho, creo que a buen entendedor pocas palabras bastan, y yo no he querido contactar más contigo.

—Pero eso es porque estás un poco confundida. Ya me he percatado de ello y también de que

tampoco me has permitido contactar a mí contigo. Por esa razón he pensado que, si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma.

—Ángel, no sé lo que pretendes, pero te rogaría que salieras al galope de esta clínica.

Maldita mi torpeza. En su día le conté dónde trabajaba y un sinfín más de detalles que ahora podría utilizar para acorralarme.

—No voy a salir al galope. Es más, voy a disfrutar de tu trabajo y de la vista que este me va a producir. Y una cosita más, hoy almorzamos juntos para poner las cartas boca arriba.

—¿Perdona? No voy a almorzar contigo ni borracha.

—No, será mejor que estés sobria porque así podrías digerir mejor lo que tengo que decirte.

—Estás loco, Ángel, estás loco.

—Sin faltar. He visto que hay un mejicano con muy buena pinta a un par de calles de aquí, te espero allí a las dos.

—No puedo, tengo un compromiso hoy al mediodía.

—Seguro que puedes eludirlo. Te lo diré de otra manera; vas a eludirlo porque si no es así pienso comenzar a gritar lo sucedido entre nosotros ahora mismo, ¿cuánto tiempo tardará tu novio en acudir a tu rescate? Eso sí, en cuanto encuentre verosímil mi relato, no tardará en mandarte a paseo. Y el día está muy lluvioso para eso, ¿no crees?

Maldito hipócrita de las narices y maldito mal tiempo que había propiciado nuestro encuentro en Madrid.

—No digas ni una palabra más, chantajista que eres un chantajista. Te veré allí a las dos, pero ten presente que será la última conversación que tú y yo mantengamos en la vida.

—Yo diría que no, y en este caso no es una apuesta sino una corazonada total.

“Una corazonada”, seguro que me iba a acusar de haberle roto precisamente el corazón el muy desgraciado, cuando la realidad era que, de seguir por ese camino, me lo iba a romper él a mí. Tenía que impedir que todo aquello llegara a oídos de Juanmi y eso era lo que haría.

## Capítulo 11



No sé cómo pude completar aquella limpieza porque mis manos temblaban como una hoja. El malnacido de Ángel mostraba una mueca perversa en todo momento y a mí me recorría un escalofrío de la punta del pelo a la del pie.

—Te veo luego—le comenté a Juanmi a las dos menos diez cuando salí de la clínica.

—Muy bonito, ¿no me digas que piensas irte sin darle un beso a tu chico? —me preguntó con gracia.

—Claro que no, iba a dártelo ahora mismo.

No era cierto, ni de eso me había dado cuenta, pues no podía estar más disgustada ante la perspectiva de una conversación que me tenía amargada.

—Eso espero, porque después de las horas extra que estoy echando es lo menos que me merezco—me dijo al oído mientras me besaba y me daba un enorme achuchón.

—Claro que sí, guapo.

—Guapa vas a volver tú de la peluquería—añadió despidiéndome con la mano.

Esa era otra, a ver cómo aparecía yo por la tarde, disimulando y sin peinar.

Llegué al restaurante y Ángel ya estaba sentado en la mesa.

—Fíjate que le sugerí a Juanmi lo de hacerme un blanqueamiento dental, que seguro que es un tratamiento muy rentable para vosotros, y me ha dicho que no es necesario, que tengo una dentadura perfecta.

Así me recibió, como si a mí me importara una mierda nada de lo que él hubiese hablado con Juanmi. O, mejor dicho, de lo que hubiese hablado sobre sus perfectos dientes, que otras cosas que hablaran sí podrían dar al traste con mis expectativas de vida.

—Eso es porque él no es un crápula ni tiende a aprovecharse de las circunstancias, es un tío que se viste por los pies.

—Vaya, vaya, Estrellita... Veo que las cosas han cambiado mucho en este tiempo que hemos estado separados. Mira que lo pensé veces, que tenía que venir a verte antes, que era importante recordarte que estaba ahí, al acecho, pero todavía albergaba la esperanza de que fueras tú quien llegaras a mí. Nos pasa a todos, ¿no crees? Una llamada del ser amado o un wasap nos da vidilla....

—Tú lo has dicho, del ser amado.

—¿Y no nos amamos tú y yo? Mira que mis recuerdos no me traicionan, ellos no son como tú.

—Ahora soy yo la que debe decirte eso de que sin faltar, ¿no? Yo no te he traicionado, en todo caso traicioné a mi novio contigo, algo que no dudes que me hace arrepentirme.

—Tranquila, tontuela, sé que estás confundida, solo te hace falta un poco de tiempo.

—Ni soy tontuela ni estoy confundida. Lo único que deseo es que desaparezcas, ¿ok?

—No, no, así no se piden las cosas, estás demostrando muy mala educación y mereces un correctivo. Estrella tú y yo estábamos juntos desde lo del tren y así debe seguir siendo.

—Para ya. Aquello fue una casualidad que propició unos encuentros que jamás debimos tener,

yo después me di cuenta y le puse fin, no hay más.

—Qué distintas son las cosas dependiendo del prisma con que se miren. Te explico, para mí es una bonita historia de amor en ciernes que se ha visto truncada por tu absurda idea de volver a una relación que ya estaba muerta.

—Pues no estaría tan muerta cuando la hemos resucitado, ¿sabes?

—Paparruchas, ahora estás viviendo una especie de luna de miel por culpa de tus remordimientos, pero no es por él por quien sientes. Tú me quieres igual que yo a ti. Por cierto, que te he traído un regalito que creo que te va a encantar.

Yo ya había apreciado que al lado de su asiento tenía un tubo de cartón de esos para trasladar planos y demás...

—¿Un regalito? Yo no quiero hacerte daño porque me da la impresión de que no estás muy bueno de la cabeza, pero el único regalito que quiero por tu parte es que te marches y me dejes en paz.

—¿Ves? Lo que yo te digo, no estás relajada y estás comportándote como una maleducada, ni siquiera has querido abrirlo. Está bien, lo haré yo—resopló y me pareció que estaba de trastornado para arriba.

Del interior del tubo sacó un retrato que hizo que me llevara la mano al vientre por lo mucho que me sobresaltó.

—¿Esa soy yo? —le pregunté de un modo retórico, pues era innegable que el tío pintaba realmente bien.

—Tú, claro, ¿quién va a ser si no, pequeña? Y en tu máximo esplendor, no lo dudes...

—¿Cómo me has podido retratar así?

Lo había hecho como mi madre me trajo al mundo, plasmando cada palmo de mi desnuda piel en ese retrato.

—Ah, bueno, muy fácil... Te tomé una serie de fotografías mientras dormías, ¿quieres verlas? No te imaginas la de veces que me he recreado la vista con ellas durante estas noches de extrema soledad.

—Eres un perverso, un hijo de mala madre, un...

—No deberías hablarme así, Estrellita. Piensa que podría enfadarme y, en ese estado, todos podemos actuar de un modo un tanto irreflexivo. ¿O qué crees que pensaría tu novio si le muestro este reportaje al completo? No, no creo que le hiciera demasiada gracia. La vida real no es como una serie de esas de Netflix en las que todo vale, ¿o sí?

—No, la vida real se ve que es bastante peor. Una puta pesadilla es lo que es, ¿de verdad me estás chantajeando con enseñarle esas fotos a mi novio si no accedo a tus deseos? Esto no me puede estar sucediendo a mí.

Me desmoroné, pasando de estar de la cima del monte de la ira al subsuelo. Por lo que veía en su cara, aquel hombre era capaz de eso y de mucho más...

En ese instante sentí una fortísima punzada en la barriga y entonces temí lo peor. La mirada de odio que le dirigí debió ser infinita.

Una nueva punzada me hizo lanzar tal quejido que la camarera se dirigió a mí.

—¿Estás bien? —me preguntó tomándome del brazo.

A continuación, lo vi todo un tanto oscuro y me acordé de Encarna y de sus palabras sobre que me cuidara de todo lo que tuviera que ver con el azul. La mujer no se había equivocado; los ojos de Ángel habían llegado para teñir de desgracia mi vida. Y lo que yo le pedí a todos los santos fue que el tinte no adquiriera un tono rojizo, que mi bebé se agarrara a la vida y que no le sucediera

nada.

—No, por favor, llama a una ambulancia, estoy embarazada y creo que le puede estar sucediendo algo malo a mi bebé—le pedí a la chica que me socorriera.

—¿Estás embarazada? —me preguntó Ángel con los ojos salidos de sus órbitas.

—Sí, pero eso no es algo que te incumba en absoluto. Apártate ahora mismo de mi hijo y de mí o te prometo que no respondo.

Solo de pensar que le pasara algo al bebé por su culpa me hacía querer sacarle esos azules ojos de su cara.

—¿Y no te has planteado que ese bebé también pudiera ser mío? Te recuerdo que los métodos fallan y que nosotros le pusimos mucha, pero que mucha pasión.

¿Cómo pude verle alguna vez como un querubín si ahora me parecía el mismísimo diablo en persona? ¿Qué era esa mierda que acababa de soltar por su boca?

—Por supuesto que no me lo he planteado. Mi hijo es de Juanmi y solo de Juanmi.

—¿Y cómo puedes estar tan segura?

—Calla, te juro por Dios que como digas ni una sola palabra más llamo ahora mismo a la policía.

Ángel permaneció en silencio hasta que la ambulancia llegó. En un abrir y cerrar de ojos me llevaron al hospital.

Un par de punzadas más durante el camino me hicieron temer lo peor, aunque el personal sanitario me hizo ver que estaba muy alterada y que eso había podido propiciar las punzadas, sin más.

Entre otras cosas, estaba alteradísima porque la posibilidad a la que había apuntado Ángel no entraba en mi cabeza. No obstante, ¿y si tenía algo de razón? Yo solo sabía que estaba embarazada, pero no de cuántas semanas. Esa posibilidad me hizo vomitar antes incluso de bajar de la ambulancia.

Por mucho que por el camino insistieron, no quise que llamaran a nadie. ¿Cómo iba a contarle a Juanmi lo de mi estado de buena esperanza en esas circunstancias?

Mi teléfono comenzó a sonar sin parar y comprobé que era él. No descolgué, pero no tardó en sonar de nuevo. ¿A santo de qué tanta insistencia cuando se suponía que él debía estar comiendo con Alonso y yo en la pelu?

Temblando a tope, terminé descolgando.

—Estrella, cariño, ¿cómo estás? —Su voz de preocupación indicaba que lo sabía.

—Juanmi, yo...

—Amor, ¿cómo no me has llamado?

—Y tú, ¿cómo te has enterado? No quería preocuparte...

—No me cabe en la cabeza, mi niña. A mí me lo ha dicho Ángel, el paciente al que le has hecho la limpieza esta mañana. Por lo visto se ha cruzado con la ambulancia mientras te estabas montando y se ha acercado a decírmelo. Es un tipo muy majo. ¿Te llevan al hospital? Te veo allí en un pis pas.

Dicho y hecho. Fue llegar la ambulancia y diez minutos después, hacerlo mi novio. Lo miré con lágrimas en los ojos.

—¿Cómo has venido tan rápido? ¿Has sacado alas? ¿Acaso te has tomado un Red Bull? —le pregunté llorando mientras besaba su mano.

—No, me ha traído Ángel, tenía su coche a mano y era mucho más rápido que sacar yo el mío del garaje y demás. ¿Cómo estás, mi amor?

Sentí pavor al escuchar su confesión.

—Bien, cariño, embarazada—murmuré.

—¿Cómo has dicho? —Su voz se alzó y una sonrisa cruzó su cara de lado a lado.

—Embarazada, he dicho que estoy embarazada, cariño.

—Pero bueno, ¿tú ya lo sabías?

—Desde ayer solo. Iba a darte la sorpresa esta noche, pero es que me he encontrado mal y... ya sabes el resto.

—No te puedo querer más, Estrellita, ya verás como todo va a salir bien. Por lo que veo en tu ropa ni siquiera has sangrado.

—No, cariño, ni siquiera eso.

Lo que sí me estaba sangrando en ese momento, aunque Juanmi no pudiera verlo, era el corazón. ¿Cómo podía haber pasado en tan pocas horas de estar feliz como una perdiz a sentirme la más desgraciada de las mortales?

—Bueno, voy a salir un instante a tranquilizar a Ángel para que se vaya y a darle las gracias. Vuelvo en nada.

Dios... qué miedo me dieron aquellas palabras. Me sentía en un callejón sin salida, ¿cómo iba a poder apartar a Ángel de aquello? Necesitaba que, al menos, alguien me confirmara de cuántas semanas estaba embarazada. De no ser así, corría el riesgo de volverme loca. No podía seguir con aquella duda que me estaba corroyendo por dentro.

—¿Estás mejor? —me preguntó una de las enfermeras cuando él salió.

—Sí, ¿me vais a hacer ya la eco?

—Enseguida, pero es que acaba de entrar un parto de urgencia. Si te encuentras mejor, en breve estará el ginecólogo contigo. No te preocupes, que estás en buenas manos.

En buenas manos estaría, pero la cabeza me iba a estallar, literalmente.

Los minutos que tardó Juanmi en volver a entrar se me hicieron eternos. Por Dios, que estuviera hablando con los médicos y no con Ángel. No podía soportar la idea de que estuviera poniendo al corriente de lo nuestro a mi novio, no en un momento en el que sentía que lo quería y lo necesitaba más que ningún otro en el mundo.

Un poco después, la cara con la que entró Juanmi y el hecho de que trajera un ojo a la virulé me indicó que mis peores pronósticos se habían cumplido...



## Capítulo 12



—Dime que no es verdad, Estrella, dime que ni siquiera puedes asegurarme al cien por cien que ese niño sea mío—vociferó mientras todos aquellos que estaban esperando atención médica cerca de mí nos miraban.

—Juanmi, por lo que más quieras, aquí no... ni así.

—No, si todavía la culpa la voy a tener yo por perder las formas, no te digo... ¿En qué puñetas estabas pensando? No, no me respondas que no quiero ni saberlo. Y gilipollas de mí que te digo hace un rato que era un tío majo y a ti te tenía por la mujer de mi vida, más tonto y no nazco.

Obvio que no había visto a Juanmi así jamás. Por lo que se veía, el hijo de mala madre de Ángel (que ya me sonaba a cachondeito que se llamara así), había sido incapaz de mantener la boca cerrada y se lo había espetado todo a mi novio sin tener en cuenta el lugar ni las circunstancias en las que estábamos.

¿Qué clase de psicópata actuaba así? Cielo santo, y pensar que en aquellos días se había presentado ante mí como un hombre sensible y atento, un monstruo era en realidad.

—No, tú no tienes ninguna culpa, solo es que yo...

—Estrella, si te queda solo un mínimo de dignidad no pretendas excusarte. Te lo debes haber pasado de fábula con él mientras yo pensaba que estabas pasando tu cumpleaños más triste. ¿Y ahora pretendes hacerme comulgar con ruedas de molino? Yo me cago en todo lo cagable.

—Juanmi, no puedes dejarme así, no ahora que tanto te necesitamos el bebé y yo, por favor.

—Eso lo tendrías que haber pensado antes de montártelo con él, ¿no te parece? Y, en cuanto al bebé, ¿cómo demonios vamos a saber ahora de quién es? Dios, qué palo, en el mismo día me has dado la noticia más bonita del mundo y la puñalada más traperera, bien por ti.

Aplaudió en el aire como para reforzar sus palabras, giró sobre sus talones y me dejó allí, sola como la una y llorando como una Magdalena.

De pronto lo vi volverse y un rayo de esperanza me alumbró.

—Juanmi, yo...

—No digas nada, por favor, solo he vuelto para decirte que, si al final el niño es mío, no le faltará de nada, eso te lo puedo garantizar. En cuanto a lo demás, quiero que nos separemos inmediatamente.

—¿No quieres que lo intentemos? Dame otra oportunidad, te prometo que no te fallaré.

—¿Y qué te hace pensar que tus promesas significan algo para mí? Estrella has actuado de una forma muy ruin y creo que no me lo merezco.

Tenía más razón que un santo en decir aquellas cosas y en querer marcharse, en todo...

Cuando me quedé allí sola no sabía ni cómo reaccionar. Nunca me habían gustado los hospitales, pero ese día aquel se me representó como un verdadero infierno, dada la soledad que sentí en él.

Pensé en Lola, pues Cristian estaba trabajando a esas horas. Además, ella era mujer y quizás me entendiera mejor que él en esos momentos.

—Me lo tienes que contar todo de cabo a rabo porque te juro que por teléfono no he entendido nada de lo que me has dicho—me comentó nada más llegar mientras borraba las lágrimas de mi cara y se sentaba a mi lado.

—Es una historia larga, siéntate conmigo y cruza los dedos, que me van a hacer una ecografía.

—Ya, ya, lo de que estás embarazada lo he entendido, pero ¿por qué tengo que cruzar los dedos? Es una ecografía y no un exorcismo, mujer.

—Ay, Lola, es que tengo mucho que purgar...

Con verdadero miedo esperé las palabras del ginecólogo, que me hablaron de un embarazo de cuatro semanas que confirmó que Juanmi era el padre. Al menos la primera parte del problema ya estaba resuelta, si bien él seguiría sin querer verme ni en pintura.

Lo llamé y la absoluta frialdad de su voz me indicó que así era.

—Juanmi, el niño es tuyo, no te quepa duda, las fechas cuadran y te lo puedo demostrar—le dije con firmeza, pero tremendamente afligida.

—Ya, pues enhorabuena, mira qué felicidad—me contestó preso de la ira.

—Por favor, pienso que deberíamos hablar, ya me van a dar el alta, estoy bien y...

—Y yo te dejaré la casa si eso es lo que quieres, pero me marchó de manera inminente.

Jamás hubiera imaginado que llegaría a escucharle tan enfadado. Claro que jamás pensé yo en que iba a ponerle una cornamenta tan impresionante y así había sido.

—No, no te preocupes, Lola está aquí conmigo y me ha ofrecido la posibilidad de quedarme en su casa unos días.

—Me parece bien, tómate también unos días de vacaciones, no sé cómo podremos gestionar lo del trabajo, pero será mucho mejor que no coincidamos de momento.

—Lo entiendo y me parecerá bien todo lo que decidas.

No pude argumentar nada más en mi favor. Por mucho que yo quisiera convencerle, debía entender su dolor... Un dolor que se hacía extensivo a mi persona porque yo no sabía ni dónde estaba de pie.

En compañía de Lola me fui para su casa y allí lloré más que Jeremías. Al ponerse el sol pensé que el destino no podía ser más cruel; aquella noche era la que había destinado para contarle a Juanmi que íbamos a ser padres y, finalmente, era la de nuestra separación.

Lloraba tanto que ni siquiera pude llamar al restaurante para decir que no iríamos. Fue Lola quien tuvo que hacerlo mientras la congoja se adueñaba de mí.

—Tienes que comer algo, ahora debes cuidarte más que nunca, amiga. Mira, si me apuras, te debe importar un pimiento lo que piensen esos dos, tu novio y el Chucky ese malévolo que se ha colado aquí en Marbella para liarla parda, mal rayo lo parta—me soltó con esa forma tan natural que ella tenía de decir las cosas.

—Ya lo sé, pero es que no puedo, lo único que quiero es llorar y llorar, amiga.

—Pues de la *graná* ni un grano, vamos que si te has pensado que yo voy a dejar que te deshidrates vas lista. Ahora mismo te vas a comer un pucherito que tengo en el frigo que te va a saber a gloria.

—Pero si tengo la boca amarga como la hiel, Lola...

—La que me ha caído—resopló porque mi amiga tenía un corazón de oro, pero la paciencia no era precisamente la mayor de sus virtudes.

—Te voy a volver loca, ¿no?

—De remate, pero tú el puchero te lo comes sí o sí...

Y tanto que me lo tomé, cualquiera la aguantaba si no... en ella y en Cristian había encontrado

dos hermanos andaluces y debía estar agradecida a la vida.

Hablando de este último, no vaciló en localizarme en cuanto salió de la clínica.

—¿En casa de Lola? Dile que voy para allá con helado de chocolate.

—Pero si hace un día espantoso hoy, cómo vas a traer helado. —Me eché a llorar porque, aunque me hubiera dicho que me había tocado la lotería, lo habría hecho igualmente.

—¿Y qué, tontuela? El helado es el mejor remedio para cualquier mal, incluso para el de amores, ¿o es que no lo sabes?

—Yo ya no sé nada—le respondí sin poder parar de llorar y con Lola a mi lado secándome las lágrimas.

El panorama no podía ser más desolador, aunque la noche la pasé al completo con la compañía de mis dos amigos, que no paraban de hacerme mimos.

En cualquier caso, yo no tenía consuelo. El sábado por la mañana, mientras desayunábamos, Cristian me hizo la pregunta del millón.

—¿Y ahora qué vas a hacer, mi niña? No es por nada, pero ya te habrás dado cuenta de que tu jefe es Juanmi y dadas las circunstancias, ese es un buen problema. Yo no quiero ser aguafiestas ni mucho menos, pero deberías planteártelo.

—No sé, yo tengo la esperanza de que se ablande, ¿vosotros cómo lo veis?

No me contestaron con palabras, lo hicieron con sus ojos...

—Estoy perdida, ¿no es eso? Pues entonces igual tendría que hablar con mi familia.

—Igual sí—asintieron al unísono.

Traté de desayunar con el fin de reunir las fuerzas suficientes para hacer aquella llamada, que por cierto inicialmente no fue a mis padres, sino a Juanmi.

—¿Se puede saber qué diablos quieres ahora? —me contestó cuando descolgó el teléfono.

—Juanmi, yo... Había pensado que quizás hayas recapacitado y...

—¿Y me duelan menos los cuernos al salir? Pues va a ser que no, me los debes haber puesto fenomenal porque son puntiagudos y duelen que es la leche, guapa.

Su ironía me dolió, pero no pude sino aceptarla. Al saber lo que yo le habría dicho de haber estado en el lado contrario...

—Vale, entiendo que lo nuestro no tiene solución. En ese caso, será mejor que hable con mi familia y que me vaya una temporada con ellos, ¿lo ves bien?

—Mira qué considerada, ahora te importa mi opinión, más hubiera valido que te importara antes. Por mí puedes hacer lo que te plazca. En cuanto al trabajo, no te preocupes que lo arreglaré todo con el asesor para que puedas cobrar el paro. Y eso sí, si necesitas algún extra para médicos o lo que sea, me pones un mail y te lo haré llegar al momento.

“Me pones un mail...” Cielos, debía agradecer que me estuviera brindando su ayuda económica, pero los términos en los que lo hacía no podían ser más fríos.

El cuerpo se me heló cuando escuché aquellas palabras.

—Gracias—murmuré antes de colgar y volverme a echar a llorar.

—Lo hemos escuchado todo porque le ha faltado gritarlo por la ventana—añadió Cristian una vez que colgué, pues cierto que el tono de voz que había utilizado Juanmi era más bien altito.

—Estoy perdida, sencillamente perdida—asentí.

—Pues si tan perdida te sientes, tendrás que poner rumbo a tu casa, que allí te van a acoger con los brazos abiertos, Estrellita. Yo no es por nada, que aquí te puedes quedar, pero entre mi curro y una cosa y otra, yo no voy a poder cuidarte como tu familia. —Lola tenía razón.

—Eso es verdad, bobí, coge el teléfono y diles a tus padres que vas para allá, no te vayas a

encontrar con la casa cerrada a cal y canto como la otra vez. —Cristian ya tenía el teléfono en la mano.

Suspiré y los llamé.

—No, no pasa nada, mamá, solo que tengo ganas de veros y de contaros algunas cositas. — Pese a que hice todo lo posible porque no se me notara, mi madre no se chupaba el dedo.

—¿De la boda, hija?

—Más o menos, mami...

Más que de la boda, era de la no boda, del embarazo, de la ruptura y del maremágnun de emociones que yo sentía en ese momento. Para que no me faltara nada, la revolución hormonal del embarazo tampoco es que me estuviera ayudando ni un ápice.

—Cariño, pues qué te voy a decir, que estamos deseando verte.

Mi madre, aunque un tanto alucinada, me animó con sus palabras. Al fin y al cabo, de no criarse con su padre, no se me ocurría mejor lugar para que mi hijo creciera que nuestra casa de Madrid.

A la mañana siguiente, y con las piernas temblorosas, volví a subirme en ese tren rumbo a los Madriles. Si mal de ánimo iba la anterior vez que lo dice, ¿qué decir de esta? Pues que era sencillamente el acabose, algo que ni en mis peores pesadillas habría podido salir.

Con la mano en mi vientre, le prometí a mi pequeñín que iba a intentar sobreponerme lo antes posible por él. Era mi deber, pero sabía que tenía una ardua labor por delante. Qué triste era pensar que, una vez logrado el sueño de mi vida, el de quedarme embarazada, me iba a sentir tan sola y desmotivada.

## Capítulo 13



No tendré vida para agradecerles a mis padres su acogida. Nada más verlos en la estación volví a desmoronarme y ellos se temieron lo peor.

He de decir que me sentí como un miserable gusano cuando tuve que darles las explicaciones pertinentes de por qué Juanmi había pasado de querer convertirse en mi marido a tenerme lejos de su vida.

—Hija, yo no voy a decir que me sienta orgullosa de lo que has hecho, pero lo único que digo es que quien esté libre de pecado que tire la primera piedra. —Mi madre colocó su mano sobre la mía y supe que estaba conmigo.

—Yo opino lo mismo que tu madre, hija. La noticia nos ha cogido de sopetón, tu boda nos hacía mucha ilusión y que nos dieras un nieto ya ni te cuento. Se me hace muy raro pensar que nos hayas dado esta noticia con un halo de tristeza tan grande, pero ya es hora de demostrarle a ese chiquitín que tiene una familia que está loca por verle la carita—añadió mi padre.

No es porque fueran los míos, pero no podían ser más campeones. También mi hermano Jairo, que nos esperaba en casa, se volvió loco de alegría cuando supo que esperaba un sobrino.

—Buah, chaval, la de partidas que me voy a echar con él o con ella al FIFA, porque me da igual que sea sobrina o sobrino, el caso es que le tiene que gustar el fútbol, y que va a ser del Atleti sí o sí.

Escuchar a mi hermanito hablar en esos términos constituía todo un tesoro. Ya estaba en casa y sabía que allí me iban a cuidar con mimo, aunque mi corazón sangrara a borbotones. No obstante, tendría que sobreponerme por esa criaturita que iba a traer al mundo y que no tenía ninguna culpa de las movidas en las que la cerebro de guisante de su madre se había metido.

La vuelta a casa también supuso para mí poder disfrutar de la compañía y del cariño de ese otro paño de lágrimas que era para mí Sole y que comenzó a venir tarde sí y tarde también a verme. Incluso los fines de semana la tenía pegada a mí como una lapa, insistiendo para que hiciéramos cosas.

La llegada de la primavera hizo que me animara un poco más, aunque mi estado natural era el de estar lánguida, como me decía mi querida amiga.

—Tú lo que necesitas es pasar página y comenzar a hacer cositas. ¿Sabes? El hermano de Mayka, mi jefa, es dentista, ¿te parece que le lleve tu currículum por si necesitan a alguien? Todavía te quedan varios meses de embarazo y estaría genial que pudieras distraerte un poco.

—¿Tú has bebido? Si ya es difícil que te contraten hoy en día sin tener ninguna “tara” imagínate lo que supone que lo hagan estando rellena como un Kinder Sorpresa, te digo yo que ni se lo plantean.

—Así me gusta, que seas positiva, amiga. ¿Tú te has fijado en que no hay nada que se te diga que te parezca bien?

—¿Y tú no serás más exagerada que el cine? En algunas cosas sí que os doy la razón a todos.

Hablaba por hablar porque lo que Sole me decía era la verdad verdadera. Ella me había

cantado las cuarenta en más de una ocasión y yo siempre acababa claudicando y dándole la razón, porque todo lo decía por mi bien.

Una semana más tarde de que le diera mi currículum, para mi sorpresa, me dijo que tenía una entrevista de trabajo. Yo apenas daba crédito y hasta le pregunté varias veces que si se trataba de una broma, pero lógico que no era así.

El día en cuestión me presenté como un pincel a la entrevista y, para mi sorpresa, salí contratada de allí. Se trataba de cubrir una baja de unos dos meses, por lo que mi estado de buena esperanza me permitiría hacerlo.

Poco más de ocho semanitas, pero menos daba una piedra.

Curiosamente, al salir de allí, mi primer impulso fue el de otras muchas veces, pues no podía quitarme el tema de la cabeza.

—Estás pensando en que te gustaría contárselo a Juanmi, a mí no me la das—me comentó Sole, que me había acompañado a la entrevista.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque te pasa siempre y ya sabes lo que pienso al respecto.

—Ya, que volver a llamarle una vez más para que me diga que solo lo haga para temas que conciernan a mi embarazo es una cagada.

—Eso mismo, que yo entiendo que le hiciste daño, pero joder, que él se lo está cobrando bien también, no te creas.

—No puedo culparle por ello. Para una vez que la vida me pone la felicidad completa en bandeja, la pifio a lo grande.

—Eh, tranquilita, ¿Qué es eso de “para una vez”? A ti la vida te va a ofrecer cosas maravillosas y muchas veces, ¿me oyes?

—¿Y me lo dices tú? Pues anda que somos afortunadas en amores las dos, nos va como el culo, reconócelo.

Al menos con esa reflexión ambas nos echamos a reír. Por aquel entonces sentía que mi amiga y yo, en lo concerniente al amor, éramos dos desgraciadas a tiempo completo, una frase que a ella le hacía reír mogollón.

—Tienes unas cosas que son para mondarse, anda, te invito a tomar algo y te olvidas un poco de Marbella y de todo lo que se cuece por allí, que mucho glamur y todo lo que tú quieras, pero que a ti no te ha traído nada bueno.

Tampoco era eso, aunque yo ahora no quisiera verlo, porque reconocerlo me dolía bastante, en Marbella había vivido muchos de los mejores años de mi vida junto a Juanmi hasta que la aguja se mareó entre nosotros.

Quizás esa fuera la razón de que no lograra sacármelo de la cabeza, ¡cuánto dolía!

Las siguientes semanas fueron decisivas para mí y no solo porque comencé a trabajar sino también porque me revelaron el sexo de mi futuro hijo; una niña que se llamaría Atenea. Escogí ese nombre porque siempre me había gustado por su fuerza, al tratarse de una diosa griega que formaba parte de los doce dioses olímpicos, ¡ahí era nada!

Ese fue uno de los nombres que Juanmi y yo barajamos durante todas aquellas semanas que estuvimos llamando a la cigüeña, por lo que cuando supe el sexo del bebé se lo comuniqué por mail, y también le hice la pregunta de si le parecía bien ese nombre para la niña.

Bien sabe Dios que, para una cuestión tan especial, intenté contactar con él por teléfono, pero no me fue posible. Viendo que no tenía la más mínima intención de hablar conmigo, le escribí y, por toda respuesta, obtuve un frío “me parece bien” que me dejó helada una vez más.

Esa misma noche llamé a Cristian por teléfono y se lo conté. Algo en su modo de contestarme me hizo pensar que ocultaba información, por lo que me dispuse a tirarle de la lengua.

—No me des coba, por lo que más quieras, ¿se puede saber qué es eso que no quieres decirme? Te noto especialmente reticente a hablarme de Juanmi y eso es por algo.

—No te metas en camisa de once varas, mi niña, por favor, que a veces es mejor dejar que las cosas transcurran y punto.

—Yo tendría que nacer otra vez para eso, Cristian, dime lo que sea. Total, si no me lo dices, lo único que va a ocurrir es que me voy a comer tela marinera el coco, ¿no lo entiendes?

—Me estás poniendo en un aprieto mortal porque, además, como Juanmi se entere de que he sido yo quien te lo ha dicho lo mismo me pone de patitas en la calle, pero tú lo has querido; está saliendo con Julia.

—¿Con Julia la de recepción? —La noticia me cayó como un jarro de agua fría.

—¿Es que hay alguna otra Julia en la clínica? Te prometo que me ha entrado hasta calor, es lo último de lo que tenía ganas de hablarte, guapa.

—No pasa nada, amigo, he sido yo quien te he puesto en la punta de la picota y ahora me toca apechugar con las consecuencias.

Le colgué ipso facto y comencé a llorar amargamente. La noticia que me acababa de dar ya eran palabras mayores para mí. Mientras suponía que mi ex estaba solo, todavía albergaba la esperanza de que recapacitara y un día viniera a buscarme. Pero claro, sabiéndolo ya ennoviado y con una nueva ilusión, el potaje se me estaba agriando a marchas forzadas.

Aparte, no era ya porque a partir de ese momento Julia pasara a liderar mi lista de personas más odiadas, que también, pero yo la había considerado una trepa de toda la vida de Dios. Y lo peor es que alguna vez lo había comentado con Juanmi y él parecía estar de acuerdo. Pues menos mal que lo estaba, que si no lo llega a estar...

Visto de otro modo, también podía ser que él estuviera tan jodido que ya le diera lo mismo ocho que ochenta. Dios, cuánto dolor concentrado en tan poco tiempo.

Al día siguiente, mientras hacía mi trabajo en la nueva clínica, pensé que mi vida no podía haber dado un vuelco mayor. Para más inri, allí el ambiente de trabajo no es que fuera precisamente la alegría de la huerta porque empezando por el jefe y terminando por el último mono, la mayoría de los que trabajaban allí parecían tener metido de forma perenne un palo en el culo.

Algunos días me parecía estar a años luz de la época en la que trabajaba en la clínica de Marbella siendo la novia de uno de los jefes. Qué tonta había sido de no valorar mi suerte en muchas ocasiones. A menudo pensaba que, de poder dar marcha atrás, mi actitud tendría bastante poco que ver con la de aquella niña un tanto exigente que, sin embargo, lo tenía todo o casi todo.

Tan enrarecido estaba el ambiente de trabajo que mis padres me llegaron a proponer que lo dejara, por aquello de que en casa no me iba a faltar un plato de comida; pero yo necesitaba mantenerme ocupada por mi estabilidad mental, con independencia de que aquello no es que fuera una feria, precisamente.

Pensar en una feria me dolía también, pues yo había pasado unos momentos increíbles con Juanmi y con todos los chicos de la clínica en la de Málaga. Mientras permanecí allí, no hubo año en que no estrenara un vestido de faralaes e incluso otros años fueron dos los que salieron de las manos de los mejores diseñadores del sector para que yo los luciera.

Por un instante, pensé en la posibilidad de que mi Atenea y yo paseáramos por tan colorido evento con sendos trajes coordinados y de la mano de su padre. Un sueño despierta que sacó la

mejor de mis sonrisas, lástima que no fuera más que eso.

La realidad, sin embargo, se parecía bien poco a ese sueño. En unos meses me tocaría dar a luz y Juanmi no estaría allí para darme la mano. Es más, ni siquiera me había comentado en qué momento vendría a conocer a nuestra hija y es que no habíamos vuelto a cruzar palabra desde que yo estaba en Madrid.

—Tú no te preocupes, cariño, que a ti no te va a faltar una mano que apretar en el paritorio— me solía decir Sole, ya que ella se había ofrecido a entrar conmigo, pues mi madre se mareaba al menor atisbo de sangre.

Era innegable que yo sola no me iba a encontrar, pero el mero hecho de que no fuera la de Juanmi la mano que yo fuera a apretar me hacía sentir muy desgraciada, increíblemente desgraciada...



## Capítulo 14



Comenzaba el otoño y las hojas secas cayendo eran la mejor muestra de ello. La melancolía se había hecho dueña de mi persona después de un verano en el que ya sí que me fue absolutamente imposible trabajar, pues no apareció ningún alma caritativa que pensara que le iba a salir rentable contratar a una futura mamá como yo.

El período estival había supuesto para mí una especie de suplicio, pues el calor no es conocido por ser el mejor aliado de las embarazadas y para colmo mis padres, con su mejor intención, se empeñaron en que debíamos ir de vacaciones a la playa.

A priori no es que me pareciera mala idea, pero una vez que estuve allí el percal cambió, sobre todo porque cuando veía el mar y la arena de Altea, en Alicante, no podía remediar la comparación; Málaga era la que estaba todo el tiempo en mi cabeza.

A favor de aquellas vacaciones, decir que Sole nos acompañó, ya que mis padres insistieron en que ellos le pagaban también la estancia con tal de que yo estuviera más distraída.

Lo agradecía sobremanera y no digamos ya ella, pues mi amiga no es que estuviera sobrada de pelus y unas vacaciones gratis como que le vinieron de perilla.

Su buen humor y sus trastadas hicieron más llevadera la estancia, ya que era frecuente que se aliara con Jairo como si fuera una chiquilla más y que entre los dos la liarán parda.

Eso sí, entre lo mucho que yo eché de menos allí a Juanmi y a la que ya consideraba mi tierra, a Málaga, y la vuelta a la rutina de Madrid, el mundo se me cayó a los pies.

Ni siquiera la visita que me hicieron Lola y Cristian en el barrio a principios de septiembre logró mitigar la susodicha melancolía.

—Hija mía, estás como un alma en pena, así no hay quien te aguante, tus amigos no van a volver a verte—me reprendía mi madre.

—Mamá, pero si ellos ya saben que yo me convertí en un auténtico coñazo y aun así están aquí, son dos kamikazes—le contestaba yo con bastante seguridad.

—Sí, guapita, pero tanto va el cántaro a la fuente hasta que se rompe y como no te echas dos risas con nosotros, este que está aquí se vuelve para Marbella—me amenazaba Cristian.

—Y la Lola... la Lola se va a los Puertos y la Estrella se queda sola—le seguía el rollo mi Lola.

Pues lo dicho, después de todas aquellas idas y venidas, llegó el otoño y a mí las lágrimas se me caían una detrás de otra cada dos por tres.

—Hija mía, yo no es por nada, pero así no puedes seguir. Además, mi Atenea no tiene todavía ni unos tristes patucos, ¿tú te crees que esto es plan? Que vale que quisieras esperar un poco, pero que no has tenido ánimo de salir a comprarle cositas ni un solo día. Y no hace falta que te acuerde que en un par de meses la tienes en el mundo.

Eso, por si faltaba algo, mi madre me recordaba fechas exactas, cuando en la paranoia en la que estaba sumergida le había pillado un miedo al parto tremendo.

—Ya lo sé, mami, sé perfectamente que me toca dar a luz en breve y que estoy hecha una

membrilla, pero es que no puedo ni reaccionar, no veo el modo de hacerlo.

—Mira, mira, mira, vamos a dejarnos de tonterías y esta tarde nos metemos en La Vaguada y no salimos de allí hasta que a mi nieta no le falte ni gloria bendita.

—Tienes ganas de fundir tarjeta, ¿eh? —Le saqué la lengua.

—Pues a lo mejor un poco, pero tú en eso no te metas que es cosa mía.

Poquita chispa me hacía, pero hube de reconocer que a la mujer le sobraban razones por todos los poros de mi piel para echarme la bronca.

Me hice a la idea y a eso de las cinco de la tarde ya estaba yo enfundada en mis pantalones premamá verde agua, combinándolos con un amplio jersey de angora por encima en tono blanco roto y una graciosa boina adornando mi cabeza que mi madre se empeñó en que me pusiera.

—Ah, no, y esa cara de muerta me la quitas ahora mismo, no hay nada como un buen rubor en las mejillas para estos casos...

—Pero mami, que no, que no quiero maquillaje.

—¿Me quieres hacer un poco de caso por una vez en tu vida, Estrellita? Déjame a mí, leñe, ni que te fuera a pintar como una puerta, niña... Lo único que voy a hacer es darte un poco de chispa en esa cara, que he visto moribundos con mejor expresión que tú.

Como para decirle que no a mi santa madre, buena era la mujer cuando se le metía algo entre ceja y ceja; un poco de rubor, la raya del ojo y hasta un tono nude con un toque de hidratación en los labios que debía reconocer que me favorecía bastante.

—¿Algo más? —le pregunté con un tono de guasita.

—Pues espera que todavía...

—No, no, mami, que era broma, vámonos que tenemos tela de cosas que comprar y una tarjeta que quemar... Es broma, yo he estado ahorrando de lo que trabajé antes del verano y del paro, mami, por eso tengo para surtir a Atenea de todo lo que haga falta.

—Lo tienes, ¿no? Pues si te parece, sacas la tarjeta, que te corto la mano. Tu padre y yo vamos a comprar todo lo que sea menester y punto...

Llegamos a La Vaguada y me quedé mirando unas preciosas ranitas de piqué que había en un escaparate al que mi madre me llevó a tiro hecho.

—¿Son o no son una monada? —me preguntó mientras yo me recreaba mirándolos.

Sí que lo son, mami, y qué tonta he sido, podríamos haber disfrutado mucho tú y yo de compras durante estos meses, pero es que ya sabes que no he tenido ganas ni de mirarme.

—Yo también he tenido algo de culpa en eso...

Por Dios que no sabía si lo había escuchado o si lo había soñado. Me giré y comprobé que era lo primero.

—¡¡Juanmi...!!—chillé y, pese a que no sabía cómo interpretar aquello, me agarré a su cuello como una loca.

No puedo decir que notara que él me abrazara igual, pero sí que no me miró con el desprecio que hubiera esperado en un encuentro entre ambos. En las últimas semanas yo ni siquiera le había vuelto a escribir ningún mail, pues sus frías respuestas me dejaban fuera de combate.

Enseguida recordé que él estaba con Julia y que no era plan de que me acercara tanto. Solo faltaba que la trepa aquella estuviera a unos metros de nosotros y viniera a sacarme los ojos.

—Estrella, creo que tú y yo debemos hablar—me contestó y, para mi sorpresa, me tendió la mano para que yo también le diera la mía.

—Juanmi, pero si yo creía que tú estabas con...

—Con Julia, ya lo sé, yo también tengo cosas que explicarte, pero...—Enarcó una ceja y

entendí que la mano me la estaba ofreciendo a mí y de corazón, por lo que no dudé en tomarla.

Mi madre, sin articular palabra, se llevó la suya a la boca. Estaba tremendamente emocionada.

—Mamá, ¿tú sabías algo de esto? —le pregunté cayendo en que mucho había insistido en ponerme guapa esta tarde.

—Algo, ahora ya solo falta que tú luego me cuentes el resto, venga, va...

Acaté rápidamente su señal para que me fuera con Juanmi. No cabía en mí de gozo mientras avanzaba por las galerías en busca de un lugar en el que tomar un buen té, de esos que tanto me gustaban y a los que me había aficionado él muchos años atrás.

—¿Cómo estás? —me preguntó en el mejor de los tonos cuando nos hubimos sentado y pedido.

—Estoy... ¿quieres que te sea sincera?

—Por supuesto, si vamos a intentarlo tenemos que partir de absoluta sinceridad el uno con el otro a partir de ahora, ¿no te parece?

“Si vamos a intentarlo”, casi me da un pasmo al escuchar aquellas palabras, similares a otras muchas que se habían repetido en mis sueños durante aquellos meses.

—Juanmi, pero tú no estás ya con...

—¿Con Julia? No, como puedes comprender no. Comprobé aquello que tú decías, que era una trepa y al final la he dejado. Me agarré a ella como a un clavo ardiendo, en el fondo probablemente porque quería castigarte a ti por lo sucedido. Y claro está que al karma esas jugadas no le gustan demasiado y al final fui yo el que no estaba nada a gusto en esa relación.

—¿Y entonces? —le pregunté con el corazón encogido.

—Entonces necesito saber qué significó Ángel para ti en su día y qué lugar ocupó yo en tu vida.

Tomé aire antes de contestar, sabiendo que de esa respuesta iba a depender en buena parte mi futuro. No obstante, tampoco había mucho que pensar, por lo que le respondí con el corazón en la mano.

—Ángel fue solo una aventura de tres días que me alegró la vida en un momento en el que tu negativa a ser padre me la tenía amargada. Llegó como un soplo de aire fresco y con piel de corderito, cuando no tardó en demostrarme luego que era un lobo... Un lobo psicópata y sin escrúpulos que se mostró a priori como alguien que se interesaba por mí y por mis problemas contigo, cuando lo único que quería en realidad era sacar tajada del asunto.

—Ok, ya me has respondido a la primera pregunta, ¿y qué hay de la segunda?

—Tú eres el hombre de mi vida, Juanmi, ese en el que no he podido dejar de pensar ni un solo día desde que me vine para Madrid; ese que está las veinticuatro horas en mi pensamiento y el que ha hecho que ni siquiera le haya comprado todavía ni un patuco a nuestra niña, con la ilusión que tú sabes que me hubiera hecho en otras circunstancias eso de prepararle la canastilla.

—¿Me lo dices en serio, Estrella?

—Te doy mi palabra de honor, cariño, aunque no sé si a estas alturas eso te vale de algo. No hay nada más efectivo para valorar a una persona que perderla. Y yo de eso ya sé un rato largo. El jarabe que he tomado estos meses ha sido tan amargo que ya no le encuentro el sabor a la vida y creo que solo tus besos podrían volver a endulzármela.

Nunca lo hubiera creído de no verlo, pero de sus ojos comenzaron a caer tal puñado de lágrimas que no podía ni hablar.

—Sí, sí, que me vale, tampoco sabes lo que te he extrañado y lo mucho que siento haberme perdido el crecimiento de nuestra niña dentro de ti. Te prometo que estuve a punto de llamarte mil veces, incluso con el teléfono en la mano, pero después mi orgullo me lo impedía y no daba el paso.

—¿Y qué ha hecho que lo des ahora? ¿Ha sido porque le has dado la patada a Julia?

—Más bien ha sido al contrario. Hace unos días que recibí la llamada de cierta personita que me contó cómo estabas y lo mucho que me seguías echando de menos. Créeme que la juventud es un divino tesoro y creo que, la forma tan natural y espontánea que utilizó para informarme me llegó al corazón más de lo que hubiera podido hacerlo ninguna otra.

—¿Una personita? Me dejas a cuadros, no te entiendo.

—Pregúntale a tu hermano Jairo, que está loco con su sobrinita y que opina que es una pena que yo me esté perdiendo su evolución cuando tú me quieres un mogollón, según sus palabras...

—¿Jairo? ¿Jairo te ha llamado? Por el amor de Dios, si yo creía que él no estaba más que pendiente del FIFA, es lo último que hubiera sospechado en la vida.

## Capítulo 15



No podía creerlo... Jairo se había puesto en contacto con Juanmi y al final mi familia y él se habían compinchado para propiciar un encuentro que hiciera que nuestra relación llegara a buen puerto.

Pero lo que de verdad no podía creerme era que la jugada se repitiera y, sentada en una cafetería, aunque esta vez con Juanmi, una fuerte punzada me advirtiera de que algo estaba pasando en el interior de mi cuerpo.

—Cielo, ¿estás bien? —me preguntó porque yo debí quedarme pálida como la cera.

—No, no sé lo que me pasa, pero duele mucho.

—No te preocupes que ahora mismo voy a por el coche y te acerco al hospital.

—Sí, vámonos para La Paz, que a mí todo esto me huele a chamusquina, ¡ay!

La mano de Juanmi sobre mi vientre mientras mantenía la otra en el volante me reconfortaba más de lo que nada en el mundo lo hubiera podido hacer en ese instante.

—Son contracciones, estás de parto—me confirmó la matrona unos minutos después de mi ingreso.

—Eso es imposible, si solo llevo siete meses de embarazo...

—¿Y tú nunca has escuchado hablar de los sietemesinos? Pues tu hija va a ser uno de ellos.

La sola idea de que naciera dos meses antes de su tiempo me daba pánico, pero el personal sanitario me infundió todo el ánimo del mundo, lo mismo que Juanmi.

—No te preocupes cariño, que todo va a salir fenomenal, nuestra pequeña Atenea va a venir al mundo hecha toda una guerrera, ya lo verás...

Eso era lo que quería pensar yo, pero estaba realmente asustada, por lo que me agarré a las palabras de todos ellos.

En un abrir y cerrar de ojos, ya comencé a notar a tope las contracciones. No pude evitar que se me viniera al pensamiento Sole, con su promesa de acompañarme durante el parto. ¡Qué distinto estaba resultando todo a lo previsto! Al final iba a ser verdad eso de que las cosas en muchas ocasiones no pueden planearse.

—Que sepas que Cristian va a ser el padrino de la niña y que Sole va a ser la madrina, que le estás quitando el puesto en el paritorio—le comenté por hablar de algo alegre y por no pensar demasiado en aquellas contracciones que ya comenzaban a amenazarme con partirme en dos.

—Como tú quieras, tú eres la que va a pasar por esto y tú eliges, cariñito mío. —Me dio la mano y yo le indiqué con la cabeza que no, que por eso íbamos a pasar los dos juntos, que no se llamara a engaños.

El gesto de Juanmi se dividía entre exultante, emocionado y asustado.

—Campeona, ¿tú estás segura de que eres primeriza? Porque el parto va que se las pela, vas a poner en el mundo en nada a la peque—me preguntó la matrona.

—Yo creo que sí, que soy primeriza, sobre todo porque si ya hubiera pasado antes por esto me acordaría—le aseguré mientras volvía a apretar la mano de Juanmi, según yo lo veía, de modo

amoroso y según me contó él luego, con cara de asesina.

No voy a decir que no doliera, que lo hizo y mucho hasta que por fin me pusieron la epidural, pero sí que la presencia del padre de mi hija allí me suavizó mucho el trámite. Con la vista retrospectiva, no sé cómo lo hubiera llevado de no estar él a mi lado, ni siquiera quiero pensarlo.

Unas horas después de haberme reunido con Juanmi, Atenea llegó al mundo. Eso sí, con un peso tan bajito que hizo necesario la ayuda de una incubadora hasta completar las que hubieran sido las cuarenta semanas de gestación, si bien eso era lo de menos.

Sin duda, lo más importante fue que llegó a nuestros brazos como una guerrera total y que, desde el primer momento, los médicos nos dijeron que era fuerte como un roble, comenzando a coger peso por días.

Aquellas primeras semanas no fueron especialmente fáciles, aunque sí muy felices por ver el día a día de su evolución. No obstante, el trajín era impresionante por aquello de tener a la bebé ingresada.

Lo que hicimos Juanmi y yo fue alquilarnos un piso en el mismo barrio de mis padres para gozar de algo más de intimidad, pero estar a un tiro de piedra del hospital.

El día que por fin le dieron el alta a nuestra niña fue uno de los más felices para ambos, junto con el de su nacimiento.

Las fotos que sus padres y los míos nos hicieron en la puerta del hospital reflejan la enorme alegría que ambos sentíamos y la increíble complicidad que de nuevo se había generado entre nosotros desde el nacimiento de Atenea, la misma de la que habíamos disfrutado años atrás.

Días más tarde, ya con su bautizo en la cabeza, ambos pusimos rumbo a Marbella. Como en estos casos parece que todos los santos ayudan, Alonso por fin parecía haber sentado cabeza al lado de una chica llamada Miriam que había conquistado su corazón y se había ocupado de la clínica durante la ausencia de su hermano, por lo que no hubo que lamentar pérdidas ni nada parecido.

La llegada a casa supuso para mí una especie de hito histórico porque durante demasiado tiempo pensé que no volvería a pisar el hogar que con tanta ilusión construimos.

—Nada de esto era lo mismo sin vosotras—me decía una y otra vez aquel primer día Juanmi, que no podía estar más volcado en la niña y en mí.

—Yo te voy a ayudar en todo, que ahora vas a tener que volver a cogerle el tranquillo al trabajo, que tendrás atrasado y...

—Tú ahora no tienes que pensar en nada de eso. Dedícate durante una temporadita a disfrutar a tope de la peque. Y de paso, también de mí—me comentaba él entre risas y caricias.

Eso sería lo que hiciera; no volver a descuidar al hombre al que ya tenía claro que adoraba ni, por supuesto, a la niña de mis ojos, que por cierto los suyos eran marrones como los de su papi.

## Epílogo



Unos meses después...

—“*Qué cara más bonita tiene esa niña, qué cara más bonita a mí me va...*” —le cantaba Lola a la peque en pleno verano el día de su bautizo, que además era también el de nuestra boda.

Sí, la preparamos de una forma un tanto precipitada, pero la ilusión era tanta que nos valió de sobra para que todo saliera de maravilla.

Sole y Cristian, como estaba acordado, eran los padrinos de la niña, mientras que mi padre y mi suegra eran los de nuestra boda.

—Chaval, aquí hay un montón de padrinos, pero quien de verdad se merece un puesto de honor este día eres tú—le comentaba mi ya marido a la salida de la iglesia a mi hermanito Jairo, que en su día tomó la iniciativa para unirnos.

—Nada, nada, no te preocupes, tú me compras el próximo FIFA que salga y ya me doy yo por compensado.

—No eres tú listo ni nada, hermanito, pero que tienes razón, nosotros te compramos lo que pidas por esa boquita, que te lo has ganado—añadí.

—Ole las hermanas guapas, ¿te he dicho ya que te quiero?

—Anda que no es zalamero el niño—me comentaba Miriam que estaba ya muy metida también en familia y que decía que la próxima en casarse iba a ser ella.

En otro tiempo, mi cuñado Alonso habría pegado una carrera tremenda ante tamaña propuesta y, sin embargo, aquel día le sonrió, la tomó de la cintura y la besó como si no hubiera un mañana.

Yo no sabía si Miriam sería o no la siguiente, aunque todo apuntaba a que sí, pero el alegre ramo de novia en rosas rojas que yo portaba en mi mano tenía destinataria; no era otra que Lola, que también deseaba yo que ocupara un lugar destacado en tan maravilloso día.

Pero para lugar destacado y protagonista, el de mi niña, cuyo batón de bautismo combinaba en tono a la perfección con el blanco roto de mi vestido de novia, de escote palabra de honor y drapeado por arriba y con unos andaluces volantes en su falda y cola.

Ese fue mi pequeño homenaje a la tierra que tan bien nos había acogido y en la que mi hija se iba a criar. Atenea, aunque madrileña de pura cepa de nacimiento se convertiría en breve en una simpática andaluza, pues ya apuntaba maneras y no había ocasión en la que alguien le hablara que no terminara por regalarle la mayor de sus sonrisas.

¿Qué podíamos decir nosotros? Pues que a su padre y a mí se nos caía la baba, de modo que no pudimos aceptar la invitación de nuestras familias de quedársela mientras nos íbamos de luna de miel a alguno de esos lugares paradisíacos del mundo que en su día barajamos.

—¿Al final os vais a Cuenca? —bromeaba Cristian con su ahijada en brazos, a la que adoraba.

—Muy gracioso, no digas ni media palabra más, no vaya a ser que al final se líe, que no ha estado el horno para bollos, besugo—le advertí poniendo mis dedos sobre sus labios.

Sole no tardó en quitarle a la niña de los brazos.

—Ven con tu madrina, que este va a tener mucho tiempo de estar contigo, pero lo que toca yo,

voy a tener que echar una instancia desde Madrid para verte, cariñito mío.

—Ya sabes que no, bobita. Juanmi y yo la llevaremos muchas veces para que la veáis todos y también vendréis vosotros.

—Hombre claro, en mi casa tienes sitio y te puedes venir siempre que quieras, guapa—la invitó Cristian y Juanmi y yo nos reímos, porque ya habíamos comentado que parecía que él le había echado el ojo a mi amiga desde que llegó para ayudarme con los preparativos.

En cuanto a mi Lola, derramó unas buenas lagrimitas cuando le hice entrega del ramo, negándome a tirarlo como me pedía Miriam.

—El ramo lo tengo prometido, guapa, no puede ser, pero te regalo a mi cuñado Alonso, que estás haciendo encajes de bolillos con él—le dije y mis suegros se rieron.

Sí, mis suegros, que se habían mantenido al margen de la situación mientras duró la separación entre su hijo y yo, y que ahora parecían estar como unas castañuelas con el enlace y con su nieta. También a ellos se la acercaríamos a Ávila cuando fuéramos a Madrid a ver a mi familia.

Finalmente, optamos por hacer un recorrido por toda la cornisa cantábrica en compañía de Atenea, como viaje de novios. A ambos nos encantaba darnos de vez en cuando un buen garbeo por el norte y pensamos que esa era la ocasión ideal para rescatar aquella buena costumbre.

Atenea se portó genial durante aquel viaje que tuvo una duración de tres semanas y en el que el buen tiempo nos acompañó. Lo hicimos en coche y disfrutamos de todos y cada uno de los pueblecitos y ciudades en los que fuimos parando, dejándonos el mejor sabor de boca posible.

—Esto no será Las Maldivas, pero para mí no tiene nada que envidiarle—le dije una de las noches a Juanmi mientras cenábamos con la niña en un chiringuito en la playa.

—Y que lo digas. A mí no me hace ninguna falta nada más para ser feliz hasta perder la cabeza. Tengo a las dos mujeres de mi vida conmigo, ¿qué más puedo pedir?

Yo lo escuchaba embelesada y pensaba que tampoco podía pedirle nada más a la vida. Un amor de alta velocidad estuvo a punto de dar al traste para siempre con mi felicidad... Y otro, pausado, bonito y romántico había logrado hacer de nosotros una pareja increíblemente enamorada que presumía de una pequeña que nos tenía sorbido el seso. Mi marido cumplió su promesa, aquella que hizo a petición mía cuando le rogué “vuélveme a tocar el corazón”.